

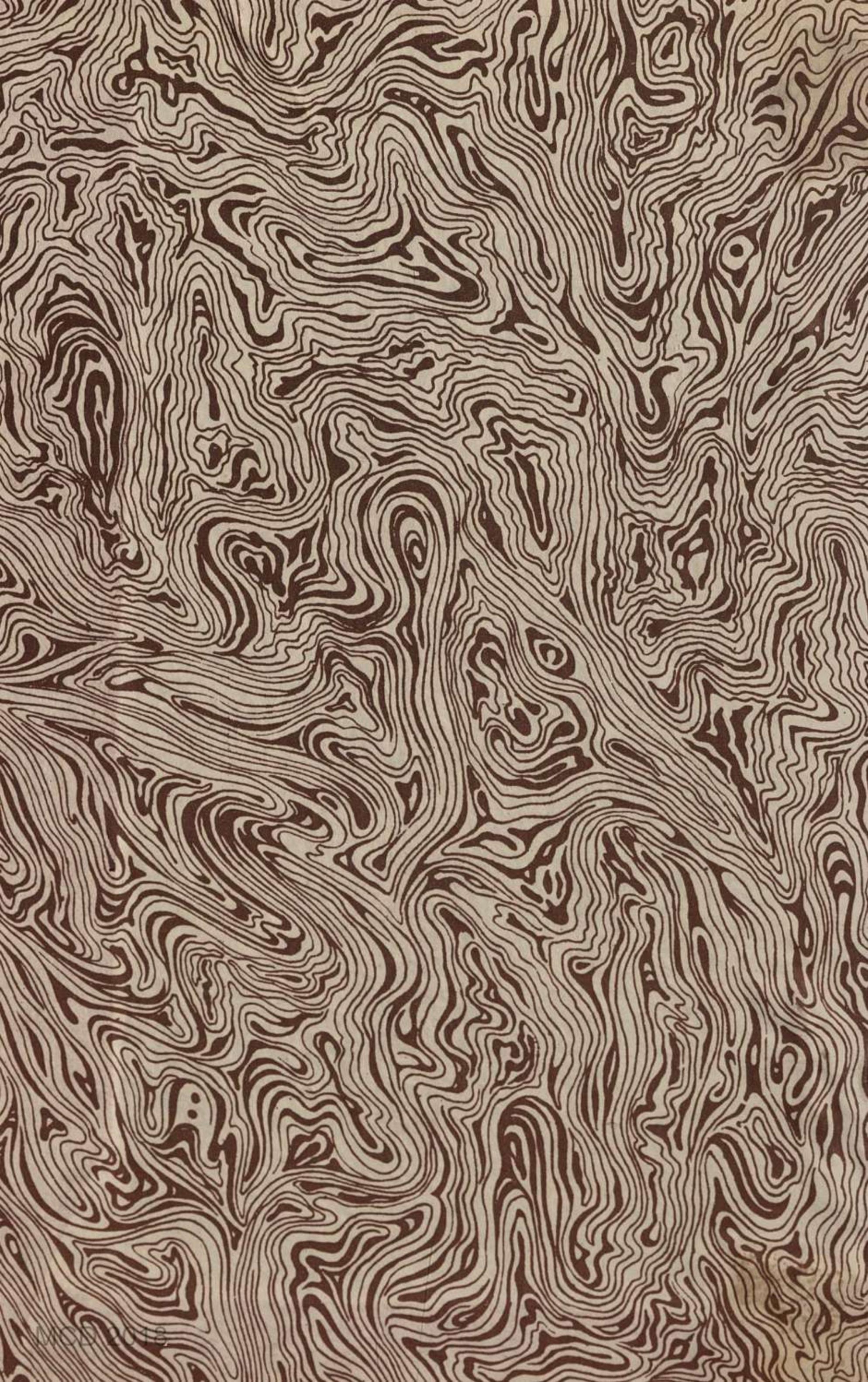
ATENEAE

1921

2

0008(x3)05







Año IV

1927
2

Núm. 4

Ateneoa

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Manuel Ugarte: *Manifiesto a la juventud latino americana* □ Raúl Silva Castro: *Una trilogía de Pío Baroja* □ Jorge González Bastías: *Tristezas que cantan* □ Pablo Neruda: *Cercanía de sus párpados* □ Ricardo Donoso: *Los enciclopedistas y la revolución de la Independencia* □ G. Urbain: *La química subatómica y el átomo moderno* □ Alone: *Historias de Palabras* □ Ricardo E. Latcham: *El hombre americano. Teorías modernas sobre sus orígenes* □ Hombres, ideas y libros: Marcelle Auclair: *André Gide y «Si le grain ne meurt»* □ Jean Prévost: *La obra crítica de Albert Thibaudet* □ Daniel Mornet: *Figuras románticas* □ *Los estudiantes universitarios en el Centenario de Mitre* □ NOTICIARIO □ EX-LIBRIS □ GLOSARIO DE REVISTAS □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

MCD 2018
Precio: \$ 3.00 ~ Junio 30 de 1927

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

JUNIO 30 DE 1927

NUM. 4

Manifiesto a la juventud latinoamericana

El «leader» americanista don Manuel Ugarte ha dirigido recientemente a la juventud de América el elocuente manifiesto que sigue, relativo a la necesidad de enmendar rumbos políticos ante las exacciones progresivas del imperialismo yanqui.

TRES nombres han resonado durante estos últimos meses en el corazón de la América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cunde entre la juventud, desde el río Bravo hasta el estrecho de Magallanes, una crispación de solidaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: la América Latina para los Latinoamericanos.

Hace veinte años que clamo contra nuestra dispersión y nuestra inmovilidad. Por denunciarlas he sacrificado tranquilidad, fortu-

na, porvenir político, y me hallo pobre, expatriado, difamado. Desde mi retiro reivindico el honor de haber continuado sin interrupción desde 1905 la tesonera prédica, de haber publicado cuatro libros sobre el asunto, de haber fundado en Buenos Aires la primera Asociación Latino Americana, y de haber recorrido el Continente repitiendo mi terca certidumbre. Al margen de las efímeras vanidades, invoco el antecedente para que la probada fidelidad a un ideal dé a la palabra el peso que necesita tener en esta hora.

Por encima de los episodios de la lucha que se prolonga desde hace tantos años, hay que considerar los hechos desde el origen y en su significación virtual.

Los pueblos son grandes, más que cuando juzgan airadamente a los demás, cuando aquilatan severamente sus errores. Y en la nueva era que se abre, contra lo que con más vigor debemos levantarnos es contra aquellos de nuestros propios dirigentes que no supieron prever las consecuencias de sus complacencias, que no tuvieron una visión continental de nuestros destinos, que obsesionados por la patria chica y por los intereses de grupo, motejaron desdeñosamente de «poetas» a cuantos elevaron el espíritu hasta una concepción superior.

Parecerá monstruoso mañana a los que nos juzguen, pero fué considerada como signo de incapacidad para el gobierno toda tendencia hacia una política global. Cada hombre obedecía a sus ambiciones, cada grupo a sus propósitos partidistas, cada nación a sus odios minúsculos. La América Latina se devoraba a sí misma, como los Galos en tiempo de César, o como los Aztecas cuando llegó Hernán Cortés. Y para los grupos predominantes resultaba inexperiencia, lirismo, suprema locura cuanto tendiese a una política de solidaridad.

En esa orientación equivocada hay que buscar el origen de los atentados que hoy motivan nuestra protesta. Los primeros responsables son los hombres o los núcleos que, guiados por un falso concepto de nuestras necesidades, por impacencias de figuración, por apasionamientos de bando, o por rencores regionalistas, enajenaron nuestras riquezas, sancionaron con su silen-

cio los atentados contra el vecino, suscribieron el postulado protector de Monroe y colaboraron con el imperialismo en los Congresos Panamericanos, mientras se agrandaba en la sombra el cáncer que debía poner en peligro la vitalidad común.

Las culpas que han originado la situación actual nacen de una visión inexacta o de una pequeñez de propósitos. Y esas son culpas exclusivas de los gobiernos. Nuestros pueblos fueron siempre grandes y generosos. Aunque se les mantuvo ignorantes de la verdadera situación, tienen el presentimiento de lo que debe ser el porvenir. Si no se opusieron con más ímpetu a la política nefasta, fué porque no se dejó llegar hasta ellos la verdad. Pero los dirigentes *debían* saber. Y la primera conclusión que podemos sacar de los acontecimientos actuales es que nos hallamos en presencia de la bancarrota de una política.

Hablo para toda la América Latina, sin exceptuar las regiones hoy aparentemente indemnes; y hablo sin encono contra nadie, ni contra nada. Los hombres habrán sido malos, o buenos. Lo que la evidencia dice, es que resultaron insuficientes. Rindiendo culto, más a las apariencias de la patria que a su realidad, creyeron que gobernar consiste en mantenerse en el poder, en multiplicar empréstitos, en sortear las dificultades al día. En sus diferentes encarnaciones,—tiranos, oligarcas, presidentes legales,—se afanaron ante todo por defender privilegios de grupo o susceptibilidades locales, sin sentido de continuidad dentro de la marcha de cada país, sin noción de enlace con las regiones limítrofes. Fué la imprevisión de ellos la que entregó en el orden interior, a las compañías extranjeras, sin equivalencia alguna, las minas, los monopolios, las concesiones y los empréstitos, que deben dar lugar más tarde a conflictos, tutelas y desembarcos, haciendo patrias paralíticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras. Fué su falta de adivinación de las necesidades futuras la que multiplicó entre las repúblicas hermanas los conflictos que después resuelve como árbitro el imperialismo devorador. No hay ejemplo de que una región tan rica, tan vasta, tan poblada, se haya dejado envolver con tan ingenua docilidad. Cuando algunos de nuestros diplomáticos nos hablan

del coloso del Norte, confiesan una equivocación trágica. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando abandonaron a los bancos y a las compañías extranjeras cuanto representaba el desarrollo futuro del país. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando en un Continente dividido por la raza, la lengua y la vitalidad, desdeñaron todo concierto con los grupos igualmente amenazados y se pusieron a la zaga del organismo conquistador.

A principios de este siglo la América Latina pudo apoyarse en la masa poderosa de una Europa intacta, deseosa de ganar mercados y financieramente omnipotente. La lógica más elemental aconsejaba una actitud de parcialidad hacia ella. A muchos de nuestros dirigentes les faltó el valor moral necesario para hacer esa política. Y no se arguya que por aquellos tiempos el imperialismo no se había desenmascarado aún. Sin remontar a la anexión de Texas, California y Nuevo México, acababa de dar ese imperialismo la medida de sus ambiciones imponiendo a Cuba la Emmienda Platt y desmembrando a Colombia. Sin embargo, el ex Presidente Roosevelt, cuya frase famosa «me quedé con Panamá» resonaba en todos los ámbitos, fué recibido en nuestras capitales con honores de Emperador. La única excusa que podrían aducir nuestros políticos, es que no sospecharon las consecuencias que tendría su actitud. Pero la excusa misma se vuelve contra ellos. Los que no saben ver a veinte años de distancia, no deben dirigir los destinos de una colectividad.

Para clasificar un estado de espíritu, me bastará citar una anécdota entre tantas.

Cuando en 1917 fuí llamado por la Universidad de México para dar una serie de conferencias, bajo el gobierno de Carranza, el Ministro Argentino acreditado ante aquél país fué a ver espontáneamente al Ministro de Relaciones Exteriores de México para decirle que si, en vista de las reclamaciones que la invitación había levantado, el gobierno mexicano resolvía impedir mi entrada a México, él, como representante argentino, no entablaría la menor reclamación. Vivo está el general Aguilar,

que puede dar fe de la veracidad de mis palabras. Nuestro Sur olvidaba así, no sólo el respeto debido a un ciudadano del país, sino sus propios intereses y su misión en América. Fué tal la pusilanimidad, que para acabar con la prédica molesta se trató de desacreditar al propagandista. Así nacieron las leyendas miserables que me pusieron en el caso de dudar si debía despreciar más profundamente a los hombres sin escrúpulos que las pusieron en circulación, o a los hombres sin perspicacia que se dejaron engañar por ellas. Por encima de la misma injusticia, me agobió el dolor de asistir a la disminución de mi tierra. Porque un país donde la calumnia llega a ser omnipotente, es un país que lleva plomo en las alas.

La emoción tardía de algunos gobernantes no alcanza a rescatar errores que pesarán sobre el porvenir. Los equilibrios no son los mismos a medida que los años pasan. La política aconsejada en 1914 no es posible ya. Han cambiado las circunstancias, y, triste es decirlo, resulta cada vez más difícil contrarrestar en bloque y de una manera total el empuje del imperialismo. Por culpa de los que no maniobraron a tiempo, nos hallaremos acaso obligados a negociar con él. Pero esa nueva política, más delicada que la anterior, no la pueden hacer los que en vez de adelantarse a los acontecimientos los siguen a distancia y pretenden ensayar ahora los procedimientos que sólo fueron realizables antes de la guerra, dispuestos, desde luego, a intentar vanamente, dentro de otros veinte años, lo que urge hacer en este mismo instante.

Es indispensable que la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades.

Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarrota de un sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia, que en más de una ocasión entrelazó sus intereses con los del invasor. Contra la politiquería, que hizo reverencias ante Washington para alcanzar el poder. Contra la descomposición

que en nuestra propia casa facilita los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre.

Al margen de los anacrónicos individualismos que entretuvieron durante cien años nuestra estéril inquietud, hay que plantear al fin una política. Hay que empezar por crear una consciencia continental y por desarrollar una acción que no se traduzca en declamaciones sino en hechos.

El acercamiento cada vez mayor de nuestras repúblicas es un ideal posible, cuya realización debemos preparar mediante un programa de reformas constructoras dentro de cada uno de los Estados actuales. Entre esas reformas debe figurar en primera línea una disposición que otorgue, a cargo de reciprocidad, derechos y deberes de ciudadanía a los nativos de las repúblicas hermanas, con la limitación, si se quiere, por el momento, de la Primera Magistratura del país y los principales ministerios. Esto facilitará una trabazón de fraternidades. Es necesario reunir también una Comisión Superior Latino Americana, encargada de estudiar, teniendo en cuenta las situaciones, un derrotero internacional común, una política financiera homogénea, un sistema educacional concordante. Su misión, por el momento, sería aconsejar proyectos, aplicados después por los gobiernos respectivos. Hay que proceder sobre todo, sin perder un minuto, dentro de nuestra familia latino americana, a la solución equitativa y pacífica de los pequeños conflictos de frontera que entorpecen la marcha armónica del conjunto y permiten ingerencias fatales.

La hora es más difícil de lo que parece. No esperemos estar bajo la locomotora para advertir el peligro. Nos hallamos ante un dilema: reaccionar o sucumbir.

La salvación de América exige energías nuevas, y será obra sobre todo de las generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el

fondo para hacer al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisibile que mientras todo cambia, siguieran atadas nuestras repúblicas a los tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda la rémora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra sangre. Hay que inaugurar en todos los órdenes un empuje constructor. Porque la mejor resistencia al imperialismo consistirá en vivificar los territorios y las almas, haciendo fructificar los gérmenes sanos que existen en la masa abstencionista o escéptica, en el fondo aborígen, en los vastos aportes inmigratorios, en todos los sectores de una democracia mantenida hasta hoy en tutela, con unas o con otras artes, por hombres, grupos o sistemas que acaparan el poder desde que nos separamos de España.

Ya he tenido ocasión de decir que el derecho no es hoy una ley moral infalible, sino una consecuencia variable de los factores económicos y de la situación material de los pueblos. El imperialismo realiza su obra hostil; iniciemos nosotros la nuestra reparadora. Clamar contra los atentados es un lógico desahogo y un santo deber. Pero hay que hacer sobre todo un esfuerzo para que los atentados no se puedan realizar. Y ese resultado no lo hemos de esperar de la generosidad ajena, sino de nuestra resolución, de nuestra flexibilidad de espíritu para aceptar soluciones apropiadas a los hechos a medida que estos se manifiestan.

Quien escribe estas líneas en la hora más grave porque ha atravesado nuestra América, no aprovechó, nunca las circunstancias para buscar encumbramientos o aclamaciones. Con razón o sin ella, por disentimientos con el partido al cual pertenecía, declinó en su país una candidatura a diputado y otra a senador. Con razón o sin ella, durante la guerra grande se lanzó a predicar la neutralidad contra un torrente que lo sepultó bajo su reprobación. Nunca hice lo que me convenía; siempre hice lo que consideré mi deber, afrontando la impopularidad y las represalias. Y al dirigirme como hoy a la juventud y al pueblo, no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que

incidentes; lo único que vale son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer esta política, aunque la hagan ustedes sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer, y háganla pronto, porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república y a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. Hay que realizar la segunda independencia, renovando el Continente por la democracia y por la juventud.

Basta de concesiones abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos fronterizos. Ya hemos arrojado buena parte de nuestro porvenir por todas las ventanas de la locura. Que se levante el espíritu nacional como en las grandes épocas. Que cada cual piense, más que en sí mismo, en la salvación del conjunto. Opongamos al imperialismo una política seria, una gestión financiera perspicaz, una coordinación estrecha de nuestras repúblicas. Remontemos hasta el origen de la común historia.

Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán. Superioricemos nuestra vida. Salvemos la herencia de la latinidad en el Nuevo Mundo. Y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso. Sólo podemos confiar en el porvenir.

MANUEL UGARTE.

Raúl Silva Castro

Una trilogía de Pío Baroja

LAS novelas de Baroja pueden dividirse en dos grupos fundamentales: las trilogías y las «Memorias de un hombre de acción». Las primeras, como lo indica su nombre, son conjuntos de tres relatos que presentan alguna unidad central. En unas son los personajes principales los comunes. En otras, una idea o un ambiente. Baroja ha completado ya todas las trilogías novelescas que iniciara, menos una. «Las inquietudes de Shanti Andía» —uno de los más hermosos libros del novelista— no tiene como compañera en el tema del mar sino a otra novela, «El laberinto de las sirenas». Las «Memorias de un hombre de acción» son narraciones sobre la vida de don Eugenio de Aviraneta, antepasado del autor, y de algunos de sus amigos y compañeros. Este Aviraneta fué hombre de ideas liberales que participó en la guerra carlista de principios del siglo XIX. Las memorias originariamente debieron abarcar sólo diez volúmenes. Ya comprenden quince y no parece que pararán allí.

Fuera de estos dos grupos, las obras de Baroja no pertenecen, por lo común, al género novelesco. Hay sainetes, algunos cuentos, artículos periodísticos, conferencias y, sobre todo, libros de ensayos autobiográficos llenos de amenidad y simpatía. En ellos el que quiera informarse sobre el autor puede hallar un material nutridísimo de confesiones, opiniones y paradojas. El novelista cuenta allí detalles de su propia vida, recuerdos fami-

liares, lecturas y preferencias, expone sus ideas sociales o divaga sobre temas de mayor importancia: el amor, la religión, la muerte. No son raros en estos libros los capítulos relativos a su propia labor. Baroja ha contado cómo hace sus libros, las dificultades de su tarea, su concepto del estilo, etc. Pocos escritores ofrecen con la misma claridad y con tal falta de apasionamiento esos datos que son tan caros al historiador literario.

La última trilogía que ha escrito Baroja se titula «Agonías de nuestro tiempo» y comprende las novelas «El gran torbellino del mundo», «Las veleidades de la fortuna» y «Los amores tardíos». Estas tres novelas las ha escrito y publicado su autor en muy poco tiempo: la primera apareció en Marzo de 1926 y la última en Febrero de 1927. Tal vez esta composición apresurada, en la cual no es aventurado creer que influyó el gran éxito del «Torbellino», ha perjudicado a la serie. Las anteriores trilogías de Baroja habían permanecido años sin completarse. «César o nada», la primera de las novelas que componen la trilogía «Las ciudades», apareció en 1910; «El mundo es así», la segunda, en 1912, y «La sensualidad pervertida», la última, en 1920. En otras, se interponen entre cada novela de la serie no menos de un año, representado por uno o dos tomos de las «Memorias» o por algún otro trabajo. En este caso Baroja, ha escrito casi enteramente de corrido las tres novelas. La simple comparación de las proporciones de cada una es instructiva. La primera tiene trescientas cincuenta páginas, trescientas la segunda y sólo doscientas diez la tercera. El autor se cansó de tener la pluma entre los dedos, y en los dos tomos finales la fantasía ya estaba un poco agotada. Se podría hacer en este caso, tal como hizo Corpus Barga en un estudio sobre «Las figuras de cera» —novela que forma parte de las «Memorias» —una serie de gráficos demostrativos del cansancio que iba dominando al escritor.* No sólo la primera novela es más larga que la segunda y ésta que la tercera. Además los capítulos de

* *Revista de Occidente*, número de Abril de 1925.

cada una van teniendo menos contenido, a medida que se acerca el fin. Y en «Los amores tardíos» el autor ha injertado todo un capítulo que es puro relleno, que no tiene que ver nada con la obra y no representa nada en ella. Es el titulado «El fantasma» y cuenta la visita que hace a Larrañaga un antiguo condiscípulo suyo, convertido en jesuíta. ¿No lo agregó el autor para hacer menos corta su novela? En todo caso, no hace falta ni siquiera para conocer los sentimientos antireligiosos de Baroja, que no han variado en veinticinco años de vida literaria y que se han demostrado en todas y cada una de sus obras.

Este cansancio del autor se traduce también en algo muy curioso y de gran alcance novelesco: el abandono de los personajes a su propia suerte. «El gran torbellino del mundo» es una novela con alguna estructura. Las otras dos de la serie ya no la tienen. Aun cuando en las tres novelas los personajes centrales son los mismos, no hay sino acciones parciales que aparecen esporádicamente aquí y allá. Y mientras en el «Torbellino» hay dos o tres historias, en las cuales ocupa lugar importante el protagonista, en las «Veleidades» no vemos sino conatos de acción que no llegan a término y en «Los amores tardíos», en fin, se encuentra, hacia el final, sólo un nudo pasional poco fuerte, si bien interesante y atractivo.

En cambio de la acción, en estas novelas de Baroja se hallan disquisiciones sobre muchas cosas. Los seres que el novelista ha arrojado a la escena charlan sin cesar. A medida que viajan, se les presentan nuevos temas de conversación. De allí salen algunos fragmentos de sabor platónico—todo diálogo en que se debaten ideas participa, en mayor o menor grado, de la manera platónica—que son amenos y, a veces, hasta instructivos. Esta aptitud de Baroja para el diálogo había sido demostrada ya en muchas de sus obras anteriores. En «El árbol de la ciencia» son dignas de mención las conversaciones de Hurtado y su tío Iturrioz, a lo largo de varios capítulos. En otros libros también el diálogo ocupa un lugar importante. Pero en los tres tomos de esta trilogía el diálogo ha aumentado en cantidad y mejorado en calidad. Andrés Hurtado y su tío ha-

blan tal vez en forma monótona: sus ideas son sólo tres o cuatro, si bien muy importantes, y por eso su conversación llega a parecer lánguida. En esta trilogía los asuntos son innumerables y las ideas, por lo tanto, muchas. Uno puede abrir estas novelas por donde quiera: lo primero que encontrará es el diálogo. Baroja ha escogido cuidadosamente a los seres que le sirven para sostener, sin cansancio del lector, tantas conversaciones. El eje de las novelas es José Larrañaga, reflejo del novelista, que expone todas las ideas de Baroja y que, lo mismo que éste, tiene opiniones arbitrarias y apasionadas. Dos primas de Larrañaga, Pepita, casada con un truhán, y Soledad, soltera, ocupan también los primeros términos. Los demás personajes son enteramente secundarios. Algunos aparecen en el primer volumen y no vuelven a ser nombrados. Otros salen nuevamente a la luz, discuten un momento y desaparecen para siempre. Este juego de sombras, graduado con arte innegable, es uno de los más poderosos encantos de estas novelas barojianas. Como en la vida misma, unos seres se acercan a los otros por un tiempo, sin que se sepa qué razones siderales han producido esa aproximación, y luego se van, tan silenciosa o turbulentamente como habían llegado. Estas impresiones, propias sobre todo de quienes viajan, no son comunes en la literatura y mucho menos en la novela. Lo curioso es que esto, visto en la vida, no llama la atención; pero en la novela, a algunos críticos ha parecido facticio e irreal o, por lo menos, innecesario porque no ayuda directamente al proceso novelesco. Es que la mayoría juzga aún a la novela moderna con el criterio de las divisiones clásicas y de la unidad central. La novela ya es otra cosa o, más bien, es lo que cada autor quiere que sea o lo que puede hacer de ella.

La diversidad de los tipos que aparecen en estas novelas es sorprendente y nace de las errancias de José Larrañaga y sus dos encantadoras primas, que viajan por Francia, Suiza, Alemania y Holanda. De allí también la fugacidad de los ambientes, la rapidez como cinegráfica de la visión, el juego discontinuo de las luces y hasta los diferentes ángulos que las

mismas forman al caer sobre los personajes. La impresión de instantaneidad la sabe dar Baroja con mano avezada. Sus novelas anteriores no tienen igual movilidad, pero eso no quita que en esta trilogía el novelista se muestre dueño de recursos que parecen haberle sido siempre familiares. Es que ya al novelista no se le escapan los menores registros. Veintitantos años de carrera le han permitido dominar las dificultades técnicas que parecen más insuperables. Hoy el escritor introduce a sus personajes en un tren, los hace viajar por Europa central, alojar en diversos hoteles, hablar varias lenguas, conocer gentes de todos pelos, ir a salones elegantes, visitar tugurios, pasear por parques y calles desconocidas, mirar los museos y los monumentos, entrar en talleres de artistas y en casas de *snoobs* y, en todas partes y a todas horas, discutir ideas, sentimientos y pasiones, con interés o con indiferencia pero siempre con empeño.

Es curioso y es inusitado.

En la encrucijada en que se halla la novela actual, nadie sabe qué camino tomará en el futuro este género, tan rico en sugerencias y posibilidades. Todos los intentos merecen atención. Hay un renacimiento visible del interés por la novela de Dostoyevski, y en ella se admiran los contrastes súbitos, la febrilidad, el paroxismo y la superación de lo humano cotidiano. Proust, para otros, es el dios de la religión novelesca, y Proust es el análisis agudísimo, enfermizo y es, en cierto modo, el antípoda de Dostoyevski *. Otros novelistas surgen y complican el problema, James Joyce aprovecha el *monólogo interior* para sus novelas, de factura simplemente naturalista. H. G. Wells renueva sus antiguos triunfos con libros del más admirable sabor novelesco. Y junto a estos, cien más que señalan o un

* Me decía un francés en el hotel, que Proust es algo como Dostoyevski.—¿Y no lo es?—Yo creo que no. Y no lo digo por cuestión de categoría literaria, que es cosa que a mí no me interesa nada. Ciertamente Proust, como Dostoyevski, sigue también el camino que parece lógicamente el mejor. Es decir, se basa en la observación minuciosa y detallada: pero Proust, en su camino, ve con ojos curiosos de hombre débil e invertido tipos parisienses; es decir, gente culta, civilizada, insignificante, y Dostoyevski, con unos ojos amplificadores de epiléptico, ve tipos extraños, anómalos, extra sociales. El uno pinta el Himalaya

nuevo camino, o el retorno a los viejos, o la renovación de la manera novelesca en detalles accesorios. Mientras tanto, la novela ha pasado a ser todo un problema literario. Ortega y Gasset le ha dedicado en su «Deshumanización del arte» un largo capítulo preñado de sugerencias inquietantes. Massis, en Francia, y otros críticos, proponen soluciones o aventuran hipótesis más o menos acertadas.

Un hecho puede, sí, destacarse de inmediato. La novela ha pasado a ocupar el primer plano de la actualidad artística. No hay género literario que en este día tenga tantos cultivadores y tantos lectores. Todos los escritores ahora escriben novelas, y la producción de éstas sobrepasa en todas partes a la de todos los otros géneros juntos. Baroja mismo lo ha dicho, en el prólogo de sus «Páginas escogidas» (Calleja, Madrid): «Se lea por una causa o por otra, es lo cierto que la novela para el hombre moderno forma un segmento importantísimo de la vida y a veces el más agradable».

Claro está que este favor del público permite el éxito de tentativas de calidad muy discutible. La novela de alcoba y la de aventuras que lindan en lo policial, son tal vez tan leídas como las otras. Pero eso no importa. Por entre la maraña de esta floración exuberante y anárquica se abren paso las formas novelescas más respetables. De ellas se debe esperar la respuesta a las cuestiones que han planteado los observadores filosóficos del problema.

Esta digresión no me ha alejado de las novelas de Baroja. Ante ellas nos encontramos ante una de las múltiples direcciones de la novela moderna. He notado ya que en esta trilogía las novelas de Baroja no presentan estructura definida. En efec-

o el Cáucaso, el otro el cerro de Montmartre o el monte Valeriano. El punto de partida de los dos es casi el mismo; el resultado es muy distinto. El uno hace como un mapa con muchos detalles, que a veces agrada por su lucidez y a veces cansa por lo pesado. El otro elabora sus impresiones, y de todo ello obtiene una especie de bebida alcohólica, en donde hay venenos excitantes y estupefacientes, que terminan trastornando al lector». — «El gran torbellino del mundo». Estas palabras aciertan al tratar de definir brevemente lo que acerca y separa a los dos novelistas más discutidos y prodigados en el momento actual.

to, la novela muestra una composición arbitraria, hecha al azar de las horas, sin sujeción a un plan y sin ajuste a condiciones previas. La misma desigualdad de las tres novelas es señal de asimetría, de falta de intenciones preconcebidas en el trabajo. El novelista ha escrito por escribir, es decir, obediente sólo a la voz íntima que lo ha hecho dedicarse a las letras con predilección a cualquier otra ocupación. ¿Tenía conciencia del fin de sus figuras? Yo creo que no. A medida que el autor llenaba páginas se le presentaban las soluciones. En «El gran torbellino» el protagonista vive dos aventuras amorosas de sabor romántico. Son amores débiles, sin médula propiamente erótica. Tal vez mejor que amores podrían llamarse amistades sentimentales. En «Las veleidades de la fortuna» las acciones son subrepticias y numerosas, pero ninguna tiene la fuerza suficiente para convertirse en el centro de la novela y subordinar su desarrollo. En medio de la sucesión de diálogos sobre religión, filosofía, psicoanálisis, militarismo, judíos, sentimientos patrióticos, etc., se esbozan algunos nudos. Pepita está separada de su marido, y éste de pronto vuelve. Los esposos se reconcilian, pero la dicha dura poco. El marido se enreda con una mujer casada que aloja en el mismo hotel. Luego desaparece. Fuera de esto, hay episodios que no alcanzan a constituir acción. El novelista pasa por sobre ellos. Le sirven sólo para hacernos gustar un nuevo diálogo, para pintarnos otro ambiente y dibujarnos nuevos tipos. Y claro está que no es posible sacar de ellos mejor partido. Un novelista estridente y apariencial podría hacer de cada fragmento una novela aparte, agregando descripciones y personajes secundarios, todo el aparato, en fin, propio de tal género de trabajos. Pero Baroja no es un novelista de esos. Bien advirtió esta singularidad del novelista vasco el sutil crítico *Andrenio* (Gómez de Baquero), cuando dijo en su obra «Novelas y Novelistas»: «Juzgando por la contextura de sus libros, Baroja escribe por inspiraciones, sin atender a ningún género de finalidades, ni seguir un método preciso». Más que los hechos exteriores, interesan a Baroja las almas y sus luchas. Más que el bullicio y la estridencia, la intimidad y el recogimiento.

En «Los amores tardíos», con ser la novela más breve de la trilogía, hay más acción que en las anteriores. Larrañaga ha seguido paseando con sus primas. Pepita, la casada a quien ha abandonado el marido, fué en un tiempo novia de José. Este, cobarde, no se atrevió a casarse con ella, pero ha continuado guardando amor por Pepita. La muchacha enamorada de su marido, apenas pasó la embriaguez de los primeros años y se vió abandonada, comenzó a analizar la situación. Su orgullo y sus nociones morales la mantuvieron en una situación digna. Fué la mal casada altiva que no acepta galanteos de ningún hombre y que no sabe pagar en la misma moneda al marido infiel. Luego se encontró con Larrañaga, su antiguo novio, y comenzó a sentir por él una simpatía peligrosa. Larrañaga se le presentaba viejo y vencido. Viejo no por la edad, sino por sus gustos y su género de vida, sedentaria y sin horizontes. Vencido de antemano, porque jamás había intentado nada. En alguna parte se compara a sí mismo con un gato que sólo se siente bien junto al fuego, que no se intranquiliza, que no alborota. Paseando juntos por todas partes, conversando todo el día, Pepita y José vieron que era posible realizar el idilio abandonado. «Las veleidades de la fortuna» y las cien primeras páginas de «Los amores tardíos» son el larguísimo prólogo de esta pasión. Y por fin, Pepita y Larrañaga se aman y se poseen mutuamente. Pero esos amores son breves; duran sólo unos cuantos días. Vuelve el marido de Pepita y un nuevo período de concordia matrimonial se abre. Larrañaga queda solo y se vuelve a Rotterdam, a trabajar y a rumiar sus recuerdos. Sus amores tardíos y su triste experiencia de la vida forman un bagaje que le hará compañía en la soledad monótona a que se ha condenado.

Esta trilogía de Baroja sume al lector en una desesperación plácida, impresión que dan casi todas las obras del novelista vasco. Los hombres ensayan caminos y tienen aspiraciones grandes, pero no llegan a nada, o son apocados y tímidos y la falta de audacia los arrincona en la casa vieja, junto al fuego, tal como el gato que no se aventura por los tejados ni albo-

rota. Las mujeres tienen todas más empuje, más decisión; son capaces de afrontar la vida con sus complejidades y, a su manera, resuelven los conflictos vitales. Pero los primeros y las segundas son sólo sombras fugaces que van al azar y se hunden en lo desconocido. Nadie sabe qué los dirige ni cuál es su objetivo. Baroja, sin mencionar tal vez al destino, nos muestra sus efectos con una precisión extrema. Sus personajes sufren los golpes de ese enemigo oculto y todopoderoso. «Una ráfaga de viento arrastró por la carretera montones de hojas secas.— Así somos también nosotros, como las hojas secas que empuja el viento a derecha e izquierda» —pensó Larrañaga.

Una melancolía serena, un filosófico desasimiento de la vida y sus agitaciones: tal es residuo que las palabras de Baroja dejan en el ánimo. El autor, a medida que avanza en años, se convence más de la inutilidad del esfuerzo. Salaverría ha definido este sentimiento como miedo al dolor.* Puede ser. En todo caso es la sublimación de peculiaridades que no son nuevas en la obra literaria de Baroja y que hasta parecen inseparables de sus creaciones novelescas. No hay entre todas las que llevan su nombre—excepción hecha de las «Memorias de un hombre de acción», con las cuales rigen otros cánones—ninguna que deje una impresión más placentera. Para Baroja la vida es una cosa mala y sin sentido, que engaña, aturde y deshace a los hombres. Los conceptos de valor común no son nada para él, sino fantasmas sin interés o simples palabras desprovistas de contenido. ¿Por qué sus héroes iban a enamorarse de la vida y por qué ésta iba a cambiar de faz frente a ellos?

Pero si en ese aspecto esa trilogía participa de cualidades que son familiares al espíritu barojiano, no faltan en estas tres novelas algunos que son enteramente nuevos. Uno de ellos es la rapidez, la vivacidad cinemática, la sucesión o superposición de planos, tan sorprendente que llega a parecer simultaneidad. Esto en Baroja es algo nuevo, absolutamente original. Algunas de sus novelas anteriores—«El mundo es así», «César o nada»,

* «Retratos», Madrid, 1926.

etc.—pueden ser colocadas junto a las de esta trilogía porque su escena no es puramente española sino cosmopolita. En otra aún, «La ciudad de la niebla», la escena no sólo es extranjera sino que, además, hay muchos personajes curiosos, diálogos frecuentes y un movimiento más agitado. Pero aquí todavía estamos muy lejos del frenesí que conmueve los planos de esta trilogía, que los lanza en todas direcciones y que luego los hace converger otra vez, para alejarlos de nuevo, y así sucesivamente. Es la novela-abanico, que se plega y se abre con una simple presión de los dedos. En su tela hay pintados paisajes y tipos que el lector puede escamotear a voluntad y que el autor, por su parte, escamotea con soberbia independencia. Las ideas bailan aquí, como llevadas en un vértigo. Las lanzan personas que no parecen darles importancia. «Yo creo que el Gran Maestro de la cursilería universal es d'Annunzio» —dice alguien. Y otro o el mismo: «El que la pintura no se debe acercar a la Naturaleza es sencillamente una tontería, porque fuera de la Naturaleza no hay nada». Y las que las reciben seguramente las olvidan en seguida. Sus espíritus están ocupados por otras cosas o, sencillamente, son refractarios a estas ideas, porque hay espíritus en los cuales unas engranan y otras no. Sucede en esto como en la cerrajería. Hay chapas aparentemente iguales; la llave de una debe abrirlas a todas. Pero no es así. Cada llave abre una sola chapa.

Señala esta trilogía el punto máximo de una evolución característica de la manera barojiana. Me refiero a la reducción progresiva del elemento novelesco. Se llama novelesca a la novela en que suceden cosas, en que hay una trama rígida que pasa por los tres estadios que marca la preceptiva: exposición, nudo y desenlace, y una unidad que es resultado de estas condiciones. El protagonista en la novela novelesca es siempre el protagonista. A él le están reservadas las simpatías del autor y del lector. Jamás podrá pasar a segundo plano. Y los demás personajes son como comparsas de esta acción dramática. No pueden faltar, es claro, pero el novelista no deja de decirnos o de insinuarnos que no son indispensables sino para el fin a que

están destinados. En menos palabras: en la novela novelesca hay una ordenación que es propia del ambiente de la novela y que fuera de él está mal. Esto no quiere decir que la novela novelesca no pueda contener la vida. La contiene a veces, pero violentada y deformada para que calce en este molde tan estrecho y convencional. Novelas así se escriben a cientos en todas las lenguas, sobre todo en la francesa. Nada de raro tiene, pues, el prestigio de los escritores franceses como autores de novelas, responsables en alto grado del extravío de criterio que reina en la materia.

Las primeras obras de Baroja, «Camino de perfección», «El Mayorazgo de Labraz», etc., eran en cierto modo *novelas novelescas*, es decir, tenían algo central que consolidaba sus páginas, las hacía orientarse a un fin determinado y cumplir, no muy fielmente es claro, por tratarse de Baroja, las normas enumeradas. Poco a poco se ha ido viendo en Baroja el desplazamiento de la acción. Los personajes secundarios seducen al autor. A veces en describirlos y moverlos ocupa muchas páginas y revela un cuidado tan exquisito como el que el novelista de antes reservaba sólo para sus protagonistas. Otras, sus hechos y sus palabras pasan a adquirir tanta importancia como los de los seres principales. Tal sucede, por ejemplo, en «El laberinto de las sirenas», novela muy próxima en el tiempo a esta trilogía (es de 1923).

Ya las novelas de estas «Agonías» no tienen acción propiamente tal, sino movimientos como espasmódicos, irregulares, no coordinados por un propósito central sino recogidos al azar del desarrollo de la obra misma. La novela no es ni pretende ser novelesca en el sentido anotado de esta palabra. Si algún adjetivo pudiera aplicársele con alguna justeza, sin violentar el contenido de las novelas, ese sería el de «vital». Nos encontramos, pues, ante la *novela vital*, o sea un organismo que tiene existencia propia al reproducir en su variedad no condicionada la vida de los hombres, la cotidiana tragedia o comedia. Todo cabe en ella, en dosis distintas, menos el fin preconcebido, la tesis, el falseamiento de los hechos para obtener una solución

que sea grata al novelista. La novela vital es una novela sin pedagogía, sin ejemplarización, pero es una novela entretenida que gusta leer el moderno lector de novelas.

En ella, lo mismo que en la vida, no suceden muchas cosas y, sobre todo, ninguna extraordinaria. Lo cotidiano es la vulgaridad, lo que el francés llama «platitudo», y si de lo cotidiano debe llenarse una novela, no es raro que ella sea hasta difusa y prolija en hechos menudos. Un género de esta índole es peligroso. El escritor de aventuras puede estar seguro de no cansar jamás a sus lectores. ¿Puede decirse lo mismo de los buenos escritores novelescos de hoy? Proust, a quien ya se ha citado más arriba, ¿no llega a exagerar, en opinión de Ortega y Gasset, el «tempo lento» en sus libros? Las novelas de Baroja no quedan enteramente dentro de esta clasificación, pero se aproximan mucho a las condiciones de ella. Y no es extraño que Baroja muestre todavía resabios de aventuras, si muchas de sus obras de otro tiempo fueron puramente aventureras. El autor de «El Mayorazgo de Labraz» no podría, sin un desgarramiento íntimo, plegarse sin reservas a las peculiaridades de modalidad tan lejana de sus predilecciones confesadas.

Pero seguramente al desprender de estas tres novelas de Baroja observaciones tan rigurosas, me adelanto a la realidad. En obras próximas el autor nos confirmará en esta idea o nos disuadirá de ella. Esperémoslas.

Jorge González Bastías

Tristezas que cantan



LMA, te estabas muriendo
de sed y frío. El campo
yermo, te iba pareciendo
como un sepulcro. Ni un lampo

en tu noche, ni un albor
en tus nubladas mañanas.
Y seguías siempre por
alcanzar las caravanas

que iban delante... Lejanas,
ensombreciendo tu aduar,
sonaban unas campanas
que parecían llorar...

La errante brisa de invierno
llevaba suspiros, quejas,
como si en su son eterno
penaran las cosas viejas.

Ese acento te traía
las más acerbas congojas,
y el amor, la poesía,
eran como muertas hojas.

Alma, a la orilla, en un lago
hallaste una flor, tenía
un dulce aroma, y un vago
sabor de melancolía.

Y tuviste una sonrisa
perfumada de ilusión
y celebraste la misa
blanca de mi corazón.

La adolescente amiga mía
silenciosa me vió partir.
Y fuí vagando por el mundo
sin saber de ella ni de mí.

Mis pupilas alucinadas
mostraban una inmensa sed...
¿Por qué senderos te hallaría
amor, conforme a mi querer?

Alguna vez en el camino
me detuve junto a una flor;
en su fragancia había un sueño
de amor, pero no era el amor.

Crucé por la montaña obscura
y fui amigo del robledal;
en ronda cantaban los pájaros
alegrando la soledad.

Llegué a la orilla de los mares
y un canto nuevo conocí.
Sobre las aguas y en el viento
el canto venía hasta mí.

En las ciudades—hierro y mármol—
mi sentimiento profané...
La dulce imagen olvidada
ví en mi recuerdo alguna vez...

Una mujer pasó a mi lado,
(hablaba con su misma voz)...
se alejó blanca como un sueño
de amor, pero no era el amor.

Pablo Neruda

Cercanía de sus párpados

TUS párpados de leguas he debido recorrer
Ellos tienen el síntoma, el alcance puro
Entre ellos como el cuerpo entre las sábanas
Alimenta un crecido ejercicio de fulgor.

Acercándose hasta el punto de rodar
Hasta la hierba en cuyos dedos crece el rocío

De duelo y luto permanecidos a la orilla de los ojos
Como centinelas en la sombra de la aurora, callados
Oscuros con color de campanas que el viento ha pedido
De un extremo a otro del verano está vuestro sueño.

Acercad vuestras uvas a lo ciego mío
Cuando vuestro mineral de losa quiere llorar
Y estáis como dos viudas después de la guerra
Sentadas en la luz con llanto en los dedos.

De todas partes llega el color del cielo
Tus párpados guardan la fuerza del día, cruzan
Las golondrinas volando hacia arriba.

Ricardo Donoso

Los enciclopedistas y la revolución de la Independencia

UN crítico regañón, cuya pluma mueve más el encendido celo religioso que el afán de investigar la verdad, ha pretendido negar la influencia de las ideas sostenidas por los enciclopedistas en el origen de la revolución de la independencia de nuestro país. La circunstancia de que el eminente Barros Arana la reconozca y la proclame lo encocora y saca de quicio. «De varias partes de la *Historia General*, escribe, he podido colegir que nuestro autor reverencia muchísimo a los filósofos del siglo XVIII. Es natural que trate de hacernos creer que a ellos debemos en gran parte la revolución de la independencia. Ahora bien, no hay hechos que lo comprueben. Por lo menos, no he hallado ninguno en la obra de Barros Arana, que es la colección más completa que puede hacerse de hechos ocurridos en Chile. Lo más que he encontrado en este punto, ha sido que, a fines del siglo XVIII, se introducían clandestinamente tabaqueras, cepillos y cajitas con figuras simbólicas de la libertad, objetos que muchos guardaban como curiosidades. Nuestro autor procura dar importancia a esta especie de propaganda. Queda evidente que la revolución de la independencia tuvo muy poco que ver con las doctrinas filosóficas del siglo pasado, ni con los principios proclamados en la revolución francesa del 89».

No hay hechos que lo comprueben, exclama alborozado el

zurcidor de reparos. Hechos hay, y muy reveladores, que comprueban precisamente lo contrario de lo expresado por el crítico. Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír, y como el descontentadizo crítico no quiere proclamar la verdad, se da por satisfecho con unas cuantas frases de sentido común y con una argumentación tan pobre como ramplona.

¿Qué ideas sostuvieron y proclamaron los filósofos tan poco gratos al espíritu del crítico conservador? Esto lo saben hasta los boquirrubios de humanidades, pero no nos cansemos de repetirlo. Todos los hombres son iguales por naturaleza, decían, todos tienen los mismos derechos naturales a luchar por la felicidad, a su propia conservación, al usufructo de sus personas y propiedades, a resistir la opresión, y a profesar y manifestar las opiniones que les plazca. El pueblo es soberano, y esta prerrogativa es inalienable; todo gobierno que no se funde en el libre consentimiento de la sociedad constituye una usurpación. El hombre deberá rechazar toda institución o todo credo que no se acomode a los dictados de la razón pura, de la razón individual.

Pero, se dirá, estas ideas no habían llegado a la masa, no las conocía el pueblo, que yacía en la más crasa ignorancia. Pero también es cierto que la revolución de la independencia la hizo una minoría de hombres, valientes y arrojados unos, cultos e ilustrados los demás. Don José Antonio de Rojas, don Juan Antonio Ovalle, los dos Egaña, Camilo Henríquez, Irisarri, el padre Guzmán, don Manuel de Salas, don Fernando Errázuriz, O'Higgins, Cortés Madariaga, don José Miguel Infante, Martínez de Rozas, conocían la obra de los filósofos que todavía amedrentan a don Pedro N. Cruz. «Recomiendo a Ud. la lectura de Bayle y del D'Alembert, escribía el padre Guzmán a don José Miguel Infante el 10 de Julio de 1808, donde encontrará Ud. cosas útiles que no aminoran nuestras santas creencias».

No hay hechos que lo comprueben, dice el crítico regañón. ¿Cómo puede comprobarse la influencia de las ideas, preguntamos nosotros? Sin escrudiñar en las intimidades de la corres-

pondencia privada de los padres de la patria, veamos si hay huella de esas ideas en los periódicos de la época, nacidos al calor del entusiasmo de las jornadas de la independencia.

Antes del glorioso 18 de Septiembre de 1810 circuló manuscrito en Santiago un escrito, el *Catecismo político cristiano*, destinado a producir una extraordinaria impresión en la soñolienta sociedad santiaguina de los últimos días de la colonia. Prescindiendo de la cuestión de la paternidad del *Catecismo*, que ha preocupado la atención de los eruditos, veamos cuales eran las ideas que iba a sostener. Ante todo, el autor se pronuncia con gran ardor en favor del régimen republicano de gobierno, y sostiene que los americanos son de derecho hombres libres, recomendando la urgente necesidad que habia de organizar juntas provisionales de gobierno. Aun más: «es necesario convocar un Cabildo abierto, escribía, formado por nosotros mismos en caso necesario, y allí hablaremos, acordaremos y decidiremos de nuestra suerte futura con la energía y dignidad de hombres libres». El escrito terminaba con una proclama en la que se invitaba a los chilenos a rechazar el yugo del gobierno de la metrópoli, pues se debía optar por morir o ser hombres libres, y terminaba con unas palabras dignas de ser recordadas en todos los tiempos: «No perdamos la oportunidad, decía, porque como escribió Tácito en el libro primero de sus historias, es muy rara la felicidad de los tiempos en que se puede pensar como se quiere, y se puede decir lo que se piensa».

No basta, dirá el sordo que no quiere oír. No hay hechos que lo comprueben. ¿Qué ideas sostuvo la inolvidable *Aurora de Chile*, glorioso título de inmortalidad del valdiviano Camilo Henríquez? El artículo de fondo que insertó en su número inicial se intitulaba «Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos», en el que se proclamaba la soberanía popular como fuente y origen de los poderes públicos de los pueblos libres. Apelemos a un testimonio insospechable, que no podrá recusar ni el mismísimo don Pedro Cruz, para apreciar la orientación de la labor periodística de Henríquez en *La Aurora*. «No pade-

cieron engaño los que eligieron a Camilo Henríquez para redactor, escribe el fraile realista Melchor Martínez en su *Memoria Histórica*, porque desde la primera página de su periódico empezó a difundir muchos errores políticos y morales de los que han dejado estampados los impíos filósofos Voltaire y Rousseau, aunque en la doctrina del segundo estaba más iniciado, pues traslada por lo común literalmente los fragmentos de sus tratados. Todo el afán es probar que la soberanía reside en los pueblos, que las leyes reciben la autoridad de éstos mediante el contrato social y que son amovibles por la autoridad del pueblo».

No basta, se volverá a decir: la independencia había dado ya su paso más importante con la constitución de la Junta Gubernativa de 1810. Pero no hay que olvidar que aquella Junta se había constituido en nombre del amado Fernando VII, que la obra de la independencia se hallaba sólo iniciada y que debía consolidarse después de las jornadas de Chacabuco y Maipú.

En todos los periódicos de la Patria Vieja la influencia de los filósofos del siglo anterior es evidente, franca, indiscutible. Pero los incorregibles sofistas no cesarán de repetir: no hay hechos que lo comprueben. A *La Aurora* siguió *El Monitor Araucano*, redactado por el mismo Camilo Henríquez, y mal podría esperarse de él la expresión de otras ideas que no fueran las mismas suyas ya tan conocidas.

«No hay que ver en los síntomas de la revolución y en la revolución misma de 1810, vuelve a escribir el crítico pelucón, los sacudimientos y el estallido de un pueblo que lucha por romper cadenas que lo oprimen. Entonces únicamente movía a Chile el legítimo anhelo que experimenta un joven que ha llegado a la mayor edad, de emanciparse de la tutela paterna, de manejarse por sí mismo, de negociar por su cuenta con quienes quiera, sin romper con su padre ni desconocer los servicios que le debe. No es posible sostener lo contrario sin falsear la historia. El levantamiento contra el poder español después de la Reconquista, fué distinto al de 1810. El grito de 1810 no decía: «abajo la tiranía», sino simplemente: «independencia». El grito de 1816 y principios de 1817 sí que fué contra la tiranía. No

hay tal, pretender esto, no diremos que es falsear la historia, sino que sutiles distingos de espíritus casuísticos. Es una explicación muy simple e idílica esa del joven que ha llegado a la mayor edad y manifiesta deseos de emanciparse, para aceptarla como explicatoria de un hecho que contribuyeron a provocar factores múltiples y complejos. Pero el crítico pelucón asienta a renglón seguido que no es posible sostener lo contrario sin falsear la historia. El que la falsea y la interpreta muy de acuerdo con su credo retrógrado es él, que la tuerce y deforma muy a su sabor. El grito de 1810 no decía «abajo la tiranía», sostiene, sino simplemente «independencia». No hay tal, ésta es una apreciación doblemente errónea: sólo los espíritus más avanzados de la Patria Vieja se atrevieron a proclamar la necesidad de la independencia absoluta del gobierno peninsular, ya que para conservar la adhesión de los espíritus timoratos—¡oh manes de don Mateo de Toro Zambrano!—era necesario decir que la Junta obraba en nombre del amado Fernando. Sobre si se habló o no contra la tiranía, oigamos lo que escribía el agudo Irisarri en el *Semanario Republicano*: «El objeto de esta obra, escribía en el prospecto, no es otro que el de difundir por todos los pueblos que componen el Estado chileno las ideas liberales, los conocimientos útiles y el odio a la tiranía».

El periódico citado, dado a la estampa en 1813, es el mejor índice para comprobar la inexactitud del crítico impenitente y un magnífico exponente de las ideas políticas de los hombres cultos de aquella época. ¿Cuáles eran entonces las ideas de Irisarri? Basta leer algunas páginas de la primera época del notable *Semanario*, para convencerse de cuán empapado estaba su redactor de las ideas de los filósofos del siglo XVIII. Combatió desde sus páginas Irisarri con gran ardor la teoría del derecho divino de los reyes, señaló el régimen republicano como el más adecuado a los pueblos americanos, estigmatizó los regímenes monárquicos y tiránicos, y se demostró en todo momento un convencido secuaz de los filósofos del notable siglo.

No andaba, pues, del todo descaminado el eruditísimo Barros Arana, al atribuir a los filósofos del siglo XVIII una deci-

siva influencia en la formación intelectual y en la orientación ideológica de los hombres de la generación de 1810, gloriosos autores de la obra de la independencia. Habría, pues, que reconocer que, o el bagaje intelectual del crítico es muy precario, o que el celo de su espíritu religioso lo lleva a plantear cuestiones insostenibles, susceptibles de una comprobación indiscutible. Si el espíritu de partido y la fe religiosa han obrado grandes y duraderas cosas en diversos órdenes de las humanas actividades, nunca ha contribuido a fundamentar conclusiones sólidas y perdurables en el terreno de la crítica, y mucho menos en el de la crítica histórica *.

* Escrito lo anterior, reparo en una circunstancia en la que—¡torpe de mí!—no había parado mientes. Al iniciar su crítica de Barros Arana, don Pedro N. Cruz advierte que ella fué escrita en 1893. ¡Acabáramos! Sírvale esto de excusa: de entonces acá ha llovido un poco. En aquellos días vivía, para honra y felicidad del país, el eminente historiador, y hasta ahora no tenemos noticias de que se hubiera apresurado a rectificar las equivocadas apreciaciones de su crítico. Y esta circunstancia tiene una significación más singular de la que a primera vista presenta: para entonces no se había hecho la reproducción de *La Aurora*, realizada por don Julio Vicuña en 1903, ni corría más copia del *Catecismo* que la inserta en el *Espíritu de la prensa chilena*, ya que la de la *Colección de Historiadores* sólo se imprimió en 1910; ni, en fin, se había vuelto a imprimir el *Semanario Republicano*, lo que sólo ocurrió en 1913. Todo este material bibliográfico yacía olvidado en medio del polvo y las telarañas de la vieja Biblioteca, y el crítico, que andaría muy ocupado con sus papelotes, no tendría tiempo de consultarlo. Se explica, pues, el silencio del agrio don Diego; pero, ¿no resultará al fin de cuentas que con este artículo sólo hemos gastado pólvora en gallinazos?

La química sub-atómica y el átomo moderno

LOS físico-químicos actuales han sido testigos de mayor número de descubrimientos fundamentales que los conocidos por los sabios del pasado. La juventud del espíritu debía extender sus límites hasta una época en que el tiempo no se enorgullece ya de su inmutabilidad y el pensamiento científico obedece al vértigo de una aceleración siempre creciente.

Generación privilegiada, la nuestra ha visto plantearse, en el terreno de los elementos químicos, inesperados problemas, muchos de los cuales han alcanzado soluciones sorprendentes. Enorme distancia separa a los elementos simples de Lavoisier de los elementos isótopos de Aston. Los elementos espectroscópicos, los gases raros del aire, las tierras raras, los elementos radioactivos, son las etapas de esa jornada.

La historia de estos descubrimientos capitales está demarcada por verdaderas revoluciones en la manera de considerar los hechos. La filosofía de las ciencias físico-químicas ha oscilado varias veces entre los polos opuestos del empirismo y del racionalismo. Actualmente, la doctrina electrónica reanima el amable poema epicúreo que nos legó Lucrecio. En ella, la audacia de las concepciones modernas disimula apenas el armazón filosófico proveniente de diversas épocas del pensamiento occidental. Encontramos aquí, bien buscadas, las calidades primeras y las calidades segundas. Las nociones de espacio, tiempo, inercia,

cargas eléctricas, constituyen las unas; y las otras derivan de éstas. La tesis es mecanista. Los electrones, que desempeñan en ella el principal papel, tienen la falsa apariencia de las mónadas de Leibniz. Pero el éter que los baña, hasta tal punto es tratado como intruso, que parece a veces escapado de una concepción newtoniana. Tan pronto un materialismo sutil hace de él el soporte todas las propiedades posibles, como este electrón no es sino el centro de convergencia de líneas de fuerza, inmatriciales por esencia. En la escala de lo infinitamente pequeño, el mundo atómico nuevo es copia del mundo estelar, de escala infinitamente grande, pues el átomo despedazado llega a ser un sistema planetario en el cual los electrones-planetitas giran alrededor de un núcleo-sol central. De tal suerte se alcanza el viejo ideal de una fisico-química ideada según el modelo de la astronomía. Esta analogía permite hablar de la Unidad de las ciencias físicas y de la Armonía del Universo. Lo infinitamente pequeño atómico se cubre de envolturas sucesivas que poco a poco tienden hacia lo infinitamente grande. Extrapolando, y por poco que se lo buscara, sería lícito encontrar a Dios.

Este mundo, creado por el espíritu, resulta de interpretaciones, lejana y hábilmente enlazadas, de datos sensibles. Ven algunos en él la expresión misma de la *realidad*, disimulada por las sensaciones; otros, un *modelo* simbólico encargado de dar razón, de una manera económica pero aun grosera, de un número muy restringido de hechos y de apariencias; otros, un sistema cómodo para la acción, es decir, para la investigación; y otros, por fin,—son los irreductibles celadores de las leyes positivas o de los principios racionales abstractos,—no quieren ver en él sino un vano adorno de la ciencia, o—lo que es peor—una síntesis metafísica.

Fuera de estos disidentes que, por su actitud rígida y desdenosa, permanecen extraños al gran movimiento de la época, los sabios, cualesquiera que sean sus tendencias, empiristas, racionalistas, monistas, pluralistas, probabilistas, etc..., hallan en la doctrina el alimento intelectual en que preferentemente se complacen. El pensamiento científico moderno es una Babel

en que el acuerdo se produce en el determinismo y el método experimental.

Pero el determinismo tiene sus límites. Su valor práctico disminuye rápidamente con el número de variables que no pueden ser olvidadas. El método tiene sus dominios más allá de los cuales la experiencia pierde sus derechos. El universo, que, en su totalidad, obedecería sólo a las exigencias de las disciplinas científicas, aparece, en el estado actual de nuestros conocimientos, como una hipótesis deseable, y nada más. Tan ambiciosa concepción, sobrepasa aparentemente lo que puede alcanzar la experimentación. Por otra parte, en el dominio teórico, en que la experiencia hace la policía, no se legitima la audacia de las síntesis demasiado vastas. La generalidad de las doctrinas está en razón inversa de su rigor. No se ajustan jamás sino a cierto número de hechos o de conceptos recortados en la complejidad de las sensaciones. Toda teoría demasiado general corre el riesgo de extraviarse en los escollos del verbalismo.

Así es como el electrón escapa a toda definición real. Teniendo el encargo de explicar la materia y la electricidad, no puede ser satisfactoria la definición que lo presenta como átomo irreductible de materia y de electricidad. Es una palabra que se ha substituído a otra en el límite de sus subdivisiones concebibles. Bajo su ropaje ilusorio, en vano se trata de identificarlos.

Si, por lo demás, los términos materia y electricidad no son ya nombres de capítulos en que se reúne la descripción de fenómenos sensibles que tienen entre sí relaciones más o menos estrechas, no pueden denotar sino entidades abstractas, conceptos ideológicos, seres metafísicos cuya íntima naturaleza permanece problemática por esencia. Son como los conceptos de «bondad» y de «justicia».

Sabremos lo que es el electrón cuando sepamos lo que son la materia y la electricidad. No bastará, para vencer la dificultad, considerarlos como un centro de convergencia de líneas de fuerza. De esta manera se cambia sólo el lenguaje. En efecto, por «centro de convergencia de líneas de fuerza», entendemos «punto de materia o de electricidad». La idea general de punto

es más abstracta que la de átomo. El término no gana, ciertamente, al hacerse más vago, y pierde haciéndose equívoco. Efectivamente, un punto material o eléctrico no podría ser privado de dimensiones, y cuando éstas se hagan lo más pequeñas posible, este pseudo-punto será realmente un átomo.

No sabemos, pues, de qué esté hecho el electrón; pero lo adornamos de inercia mecánica y de carga eléctrica. Gracias a estas cualidades, el electrón se comunica con el exterior. Todas las propiedades sensibles, todos los fenómenos observables, todo el mundo físico y, rigurosamente, todo el universo deben referirse a la inercia y carga del electrón. Todo lo demás es secundario y subordinado. Esta concepción no es puramente cartesiana. El mecanismo está en ella mitigado por el electro-dinamismo; tal es su originalidad. El mecanismo puro se había mostrado insuficiente para la realización de síntesis, así fueran parciales, del mundo. La extensión y el movimiento habían dado razón del calor y de la óptica. La electricidad y las nuevas irradiaciones han escapado a su gobierno. Un elemento nuevo —la carga eléctrica—germen de una mecánica nueva y de un cartesianismo rejuvenecido, se había hecho necesario ya.

Pero la *carga*, tan rica en posibilidades y tan misteriosa como la *fuerza*, la *materia*, el *espacio* y el *tiempo*, no halla mejor explicación que éstos. Son, para nuestros conocimientos, ideas-ejes. Tales ideas tienen una incontestable existencia ideológica. Pero son invenciones del hombre, conceptos más o menos vacíos a fuerza de abstracción, con los cuales poblamos el mundo, como los budistas lo llenan de fantasmas a los cuales otorgan una existencia real. Lo cierto es que este mundo ideológico no puede apartarse mucho del mundo verdadero, en tanto la experiencia desempeñe su papel de policía. He aquí la piedra de toque. La experiencia fija los respectivos límites de lo posible y de lo real; determina o rectifica las formas de nuestra lógica, siguiendo una ley constante de adaptación. Fija en beneficio de lo *cómodo* y de lo *útil* la elección y la permanencia de nuestros conceptos.

Desde ese momento, el mundo ideológico que creamos par-

tiendo de nuestras ideas-ejes, presenta la incontestable ventaja de satisfacer las exigencias de nuestro espíritu y de adaptarse a nuestras aptitudes psicológicas. Es incomparablemente más simple que el mundo real, porque dispone de la abstracción, la cual, al permitirnos franquear rápidamente enormes distancias cuyos detalles secundarios se nos escapan, es el admirable instrumento de simplificación que preserva a nuestro espíritu de una miopía incurable.

Nuestro mal principal es nuestra impotencia para precisar la naturaleza de las ideas-ejes. Para no rodar por la pendiente de un verbalismo a cuyo término se alza una odiosa tautología, conviene desde luego reducir a un estricto *mínimum* el número de las ideas-ejes. Conviene, en seguida, limitarlas a las extensiones cuantitativas, es decir, susceptibles de medida. Toda extensión mensurable adquiere, con sólo ésto, una realidad.

La dificultad está sólo en medir lo que nos proponemos medir, y no otra cosa. Esto es mucho menos simple de lo que se cree. Por ejemplo, nos equivocariamos si pensáramos que es posible medir la temperatura de una zona de la llama, introduciendo en ella un termómetro. No se observaría así, sino la temperatura del termómetro, y no la de la parte de la llama a la cual ha substituído. Termómetros de diferente espesor indicarian, en efecto, temperaturas diferentes, ninguna de las cuales sería la que buscamos.*

Este ejemplo revela la importancia de satisfacer las exigencias de una medida exacta. Pero cuando tales exigencias se cumplen, la medida toma un carácter de certeza ante el cual no prevalecerá razonamiento alguno. Esta primacía de la experimentación cuantitativa asegura un incontestable valor práctico a las ideas-ejes mensurables. Ignoro lo que sea una fuerza, pero sé medirla correctamente. Igual cosa ocurre para la extensión, el tiempo, la carga eléctrica y la inercia material.

Pero, se me dirá, usted no conoce de esas extensiones sino

* El termómetro recibe mucho calor de la llama, pero irradia al exterior, lo cual disminuye, proporcionalmente a su superficie, la temperatura que puede indicar.

la manera cómo las mide. No tengo necesidad de otra cosa. Mi estricto y pobre conocimiento de las extensiones que mido me basta para definir las. ¿De qué me serviría la definición de una extensión que no me sirviera para medirla, y, por tanto, para dominarla? ¿En qué tejido de contradicciones me arriesgaría, para extraviarme después? Limitando mi conocimiento, le aseguro un poder contra el cual ninguna consideración tendrá valor.

Las ideas-ejes se definen por la forma cómo las medimos. La materia, la inercia se define por la balanza; la electricidad, la carga, se define de una manera análoga.

Pero, hecho esto, debo aceptar todas las consecuencias. Si trato, por ejemplo, de penetrar el misterio íntimo de las ideas-ejes, debo cuidarme muy bien de substituir a mi definición primitiva una definición nueva que pudiera parecerme más profunda, pero que ya no sería exactamente aquélla que soy capaz de medir *.

El sabio puede tener, pues, acerca de las ideas-ejes, puntos de vista más o menos profundos, pero no deben salir ellos del terreno especulativo sino cuando no exista el peligro de que anulen las ecuaciones en que aparecen estrictamente las extensiones medidas *m*, *t*, *e*, etc... y siempre que fijen sus relaciones en el más preciso de los lenguajes.

De estos puntos de vista sobre las ideas-ejes pueden sólo derivar conceptos nuevos que se agregarán a los antiguos sin substituirlos. Por lo demás estos conceptos nuevos no ofrecerán interés sino cuando permitan ligar los fenómenos que hasta entonces aparecían como no relacionados, o si simplifican señaladamente sus relaciones. Se trata, en efecto, de encerrar la porción más grande que sea posible del Universo en un tejido de relaciones cuyas mayas sean bastante apretadas para que tal envoltura retenga su contenido.

De esta manera, la ciencia establece una red de relaciones

* Así es como el tiempo psicológico no se identifica necesariamente con el tiempo medido por un reloj.

entre conceptos que, si no son en sí mismo la realidad, reproducen en forma suficiente sus formas para que las consecuencias se verifiquen por la vía de experiencias y observaciones.

Relativa en su totalidad, por esto mismo, la ciencia ignora lo absoluto, y no tiene que cuidarse de él. Escoge sus conceptos con un fin esencialmente pragmático. Los necesita simples y económicos. es decir, a la escala humana.

Sus teorías deben obedecer a las mismas reglas. Las mejores son las más simples, las más objetivas, puesto que son las más fáciles de manejar y, en consecuencia, las más fecundas. Y esto, porque la fecundidad es el criterio de su valor, y se trata de la fecundidad presente y activa, es decir, de aquélla que permitirá agregar el máximum de mallas nuevas al tejido que debe aprisionar al mundo de nuestros conocimientos positivos. Las viejas teorías, tan perfectas como sean, caen en desuso desde el momento en que los sabios no pueden extraer de ellas relaciones nuevas. Las más prometedoras son siempre las mejores.

Esta opinión ha sido expresada siempre en los lenguajes más diversos, pero raras veces en el que exactamente le conviene: el del pragmatismo, porque su forma un poco cruda parece siempre desagradable o cínica. El entusiasmo que suscita toda doctrina es idéntico al que desencadenan los conquistadores afortunados. Las cualidades técnicas de un Napoleón son menos impresionantes que su estrella. Lo maravilloso tiene el privilegio de la seducción y justifica en el más alto grado el éxito. Las teorías que van de victoria en victoria son siempre maravillosas y seductoras. Uno se preocupa poco de sus cualidades técnicas que son hechos de simplicidad, de comodidad, de objetividad, gracias a la selección juiciosa de conceptos, de principios o de modelos: se confiesa que representan la *Verdad* misma; se las considera como la expresión de la *Realidad*. Desgarrando, al parecer, el velo que cubría el misterio, adquieren un carácter sagrado, casi divino.

Desde ese momento, ya no aparecen como un guía ingenioso, como un medio de alcanzar conocimientos positivos en la escala de la experiencia humana, sino como una finalidad. Así es cómo

la teoría electrónica de los átomos modernos encuentra ya en sí misma, bajo el nombre de *química sub-atómica*, su propio fin. No se trata ahora de imaginar modelos para economizar el pensamiento, como lo deseaba E. Mach, o para simbolizar las leyes positivas, como lo preconizaba E. Poincaré. Se trata de saber si será preciso atribuir a tal átomo químico un anillo de electrones de más o uno de menos. La teoría no está hecha ya para los fenómenos sensibles; éstos son entregados como pasto a la teoría. Los papeles se han trocado. No nos sorprendamos en exceso,—pues toda generación hace la refutación de la que la ha precedido. Este cambio de actitud, por lo demás, no es inquietante. Viola las reglas de un juego, pero no significa ningún atentado al conocimiento. A la ordenación antigua de los hechos, substituye sólo una ordenación nueva. Los anillos de electrones no tendrían ninguna razón de ser si no se hicieran depender de ellos ciertas propiedades sensibles. Este lenguaje nuevo e imaginado puede ser traducido al lenguaje de los hechos directamente observables. Es un léxico que ha de establecerse. La naturaleza del nuevo punto de vista basta, sin embargo, para revertir la escala de valores. Pocos sabios verdaderos hay a quienes pueda impresionar semejante reversión. Los rendimientos de la investigación se retrasaban algo en el orden antiguo; tal vez coordinando los materiales en un nuevo orden, veremos acelerarse el curso de tales rendimientos. Los balances darán la respuesta y decidirán de la orientación que ha de seguirse en lo futuro.

En el orden físico-químico, el descubrimiento se conforma a los medios de dos instrumentos que necesariamente se completan. Uno es la «manera de ver», el otro es el «dispositivo experimental». En ambos casos, la originalidad es el más importante factor del éxito. No se trata de canalizar el pensamiento en reglas metódicas demasiado estrechas. La originalidad se preocupa muy poco de las reglas. En la Ciencia, como en el Arte, toma a veces el partido adverso. Poco importa que el descubrimiento se haga en favor de la teoría o en su contra. Lo esencial es que el descubrimiento se haga.

Por lo demás,—y probablemente no se insiste bastante sobre este punto—hay dos maneras de encarar la ciencia: la del investigador y la del profesor. El investigador va a la vanguardia; señala los caminos, y deja al profesor la tarea de demarcar las avenidas. Muy a menudo este último monopoliza la atención, porque son sus obras las que a menudo consultan los lectores no especializados en cuestiones científicas. No hay un profesor habituado a la investigación y que obtenga sus documentos de escritos de primera mano, que ignore hasta qué punto se hallan mal avenidos el encadenamiento histórico de los descubrimientos y las exigencias de una exposición bien ordenada. Fines diferentes imponen métodos distintos. Es menester no confundir la metodología didáctica y la de la investigación. No se entrelazan necesariamente. La prueba está en que los mejores profesores no son siempre los mejores investigadores. Hay aún una categoría de investigadores afortunados, los genios, que, superficialmente analizados, parecerían desprovistos de espíritu científico. Son en general los más audaces. La investigación admite audacias que llegan a veces a la contradicción, pero que sin embargo se legitiman por su fecundidad.

Si el éxito de la experiencia justifica cierta arremetida contra la lógica, es preciso no precipitarse proclamando la quiebra del espíritu científico. El valor de la lógica resulta de su adaptación a la experiencia. Lo que la experiencia ha creado puede ser rectificado por ella. De tal suerte, todo entrará en el orden. Por lo demás, lo contradictorio y lo absurdo, en la ciencia, jamás es sino provisorio. En tanto favorecen la investigación, no llegan a escandalizar, y los investigadores siguen adelante. Que los profesores armonicen la presentación; tienen todas las probabilidades de lograrlo, contando con el tiempo.

Si bastara un error de lógica para condenar una doctrina, la teoría del átomo moderno, que no se ocupa en dificultades de tal orden, debería ser abandonada. Pero esta severidad, de que se muestra ansiosa la crítica filosófica, no halla camino, felizmente, entre los sabios cuyo espíritu pragmático—conscientemente o no—sólo admite el éxito como criterio de valores.

Sin detenerme en los detalles de estructura, iré derechamente a la clave de la doctrina.

Sir E. Rutherford, en su teoría triunfante de las desintegraciones radioactivas, había considerado simplemente como causa al átomo aislado. La energía puesta en juego en los fenómenos de la radioactividad, siendo de un orden de dimensiones incomparablemente más grande que en las reacciones químicas ordinarias, ha hecho que la teoría de las reacciones radioactivas no pueda satisfacerse con los principios admitidos en la cinética química. En ésta, sólo se ponían en juego los choques entre las moléculas. El choque rompía los lazos que en la molécula ligan los átomos entre sí. Estos lazos son relativamente flojos y su ruptura no presenta sino una débil liberación de energía.

En las transformaciones radioactivas la liberación de energía es formidable. Se ha deducido de esto que el átomo mismo se rompe, y espontáneamente, como un explosivo. Los restos del átomo son proyectados con velocidades inconcebibles imposibles de relacionar con las de la balística ordinaria. Dos clases de proyectiles. Los más pequeños y los más vivos, siempre idénticos a sí mismos, son los electrones. Están cargados negativamente y su masa sería, en reposo, la 18 centésima parte de la de un átomo de hidrógeno.* Sus trayectorias constituyen los rayos β . Los más pesados son alrededor de 10 veces más lentos; todos tienen la misma masa, equivalente a la de un átomo de helio, o sea, a la de cuatro átomos de hidrógeno. Su carga, igual próximamente a la del electrón, es positiva. Estas partículas forman la materia de los rayos α . El resto del átomo se convierte en un átomo nuevo, radioactivo, excepto cuando se transforma en átomo de plomo.

Así, el átomo no es homogenio; está formado de partes ligadas con una energía considerable. La materia y la electricidad se asocian a ella, a menos que no se identifiquen con ella. El átomo, eléctricamente neutro en total, debe admitir tantas cargas

* En conformidad con las exigencias de la Relatividad de Einstein, la masa de los electrones varía con su velocidad.

positivas como negativas. Excelentes razones—que no tengo oportunidad de desenvolver aquí—aproximan casi exactamente las cargas positivas al centro del átomo. Más o menos la mitad de los electrones se aproximan a estas cargas, disminuyendo su mutua repulsión y el resto de los electrones gravita en torno y muy lejos de este núcleo central fuertemente condensado.

Tal es el esquema de Rutherford. Fué aceptado universalmente, a título de diseño provisional, puesto que era criticable. En efecto, los electrones exteriores que giraban en torno del núcleo positivo central, estando cargados eléctricamente, debían, según las leyes de la electro-dinámica, irradiar hacia el exterior. Perdiendo de tal manera su impulso, estos desgraciados electrones, al fatigarse, debían acercarse poco a poco al núcleo central y finalmente caer sobre él. Esta caída inevitable equivalía a la muerte físico-química del átomo, pues todas las propiedades físico-químicas, salvo la radioactividad, no podían depender sino de la atmósfera periférica de estos electrones planetarios. Desde hace tiempo, mucho tiempo ya, debió haberse producido el hielo universal de los átomos, y el Universo habría debido morir sin remisión. Consecuencia enojosa, eventualidad inadmisibles. Era preciso curar de su enfermedad al átomo de Rutherford. N. Bohr trajo el remedio, que fué extremadamente simple. Siguiendo ciertas órbitas privilegiadas, circulares o elípticas, quedó impedida la irradiación de los electrones planetarios; pero tenían el estricto deber de hacerlo si una causa exterior los hacía pasar de una a otra órbita. Tales saltos no podían hacer variar la energía del electrón sino de determinada manera. Así, las variaciones de energía dejaban de ser continuas y no podían proceder sino por *quanta*, negativos si los electrones se acercaban al centro, positivos en el caso contrario. Desde entonces, la vida del átomo quedaba asegurada en su eternidad, objeto que se quería alcanzar.

Las variaciones de energía por *quanta*, que M. Langevin llama pintorescamente «granos de energía», habían hecho ya, con Plack, su aparición en la física matemática. Habían salvado a la teoría de la irradiación negra, de la bancarrota. El nuevo

salvamento aseguraba a la iniciativa de Bohr una acogida simpática. El partido que de ella supo sacar este autor, calculando las líneas del espectro del hidrógeno con una precisión inaudita, hizo definitivo el éxito de los *quanta* y, en consecuencia, el de las órbitas privilegiadas. Está bien: los átomos han adquirido el derecho de ser eternos. Por el mismo hecho, las posiciones de las líneas del hidrógeno en la escala espectral han adquirido rigurosamente el lugar que les corresponde. ¿Quién dudaría desde este momento del valor del átomo de Bohr-Rutherford? Pero las leyes de la electrodinámica que rigen el poder de irradiación de las cargas en movimiento, ¿qué se hacían en todo esto? Se las abandona, se las olvida. Constituían el eje del razonamiento que condenaba a muerte al átomo de Rutherford. Para este fin, eran ineluctables. Pero su papel quedó regido desde que fué negada la necesidad de su intervención siguiendo las órbitas privilegiadas. El éxito del espectro del hidrógeno ha hecho devanecerse los escrúpulos de los teóricos.

Según un error muy difundido que hace a la ciencia solidaria de interpretaciones teóricas más o menos pasajeras, esta crítica hubiera parecido particularmente grave. Pero conviene no prolongar la discusión más de lo que exigen las justas proporciones. La ciencia misma no está en discusión, desde que se trata sólo de un instante del espíritu teórico. La física matemática atraviesa una crisis de crecimiento. Subrayo un instante crítico. La física matemática no podía, sin contratiempos,—renunciando a la física de lo continuo, con la que los Duhem, los Ostwald, los Le Chatelier han terminado, con la termodinámica química, un movimiento clásico e imperecedero, pero dejado de mano por su estagnación—arremeter con lo discontinuo, de que no tenía aún sino un insuficiente predominio. ¿Reprocharemos al soldado cansado que cambie de lado más o menos torpemente su fusil? Y el que denuncia a éste además, ¿deberá ser acusado de haber calumniado o traicionado al ejército? Si lo continuo está a prueba de fuerza y de argumentos, pasemos a lo discontinuo sin enredar demasiado con él los medios actuales. El

cambio de frente ha provocado cierta tirantez. Pero el objetivo es el mismo: la victoria. Sólo ella vale la pena.

Habría podido disimular esta actitud forzada con algún diti-rambo vibrante de entusiasmo. Podría haberme guarnecido tras el Método—con M mayúscula—y proclamar, con el espectro del hidrógeno en mano, que la experiencia, amo soberano, ha juzgado sin apelación. Conozco el tono y las estrofas; pero desprecio estos bajos procedimientos de dialéctica.

La retirada estratégica de las leyes de la electrodinámica deja a éstos fuera de combate. Es lo esencial. El atomismo contemporáneo puede, según la tradición, sufrir un eclipse en lo porvenir; sin embargo, las leyes de la electrodinámica no pueden temer ningún atentado. Siendo positivas, están al abrigo de las vicisitudes. Pero la teoría es ideológica, y por tanto, humana. Por lo mismo debe cambiar. M. Bohr ha inaugurado la era de un cambio en las reglas del juego, o, si se prefiere, un estilo más noble en las tradiciones.

Hasta entonces los modelos se hallaban compelidos a obedecer a las leyes experimentales, leyes a la escala del hombre, leyes que rigen el mundo sensible y que, a partir de Comte, llámanse leyes positivas. N. Borh propuso e hizo aceptar una excepción a esta regla; las cargas que circulan siguiendo las órbitas privilegiadas, como no irradian hacia el exterior, han sacudido el yugo de la electrodinámica. No son ya cargas, a estricto título, pero subsisten como tales, a título ideológico que la experiencia ignora, puesto que hasta la irradiación, conservan todos los caracteres.

La innovación no es mínima. El camino en que se lanza desde ahora el espíritu científico es totalmente nuevo. Los más ardientes partidarios de la hipótesis de Borh reconocen en ella el absurdo lógico. Este juicio privaría de todo valor al atomismo contemporáneo, si, como lo desean algunos filósofos, se tratara de dar una explicación del universo. Pero está muy claro que no se trata de eso.

A los mundos con orden de extensión diverso, pueden aplicarse leyes distintas. A nuestra escala, los fenómenos del mundo

atómico se integran. Nuestras leyes son las leyes de los grandes números. Así el principio de Carnot, riguroso en nuestra escala, es falso en la escala atómica. El principio de la conservación de la materia ha sido minado de análoga manera. Con la relatividad, la masa ha llegado a ser uno de los avatares de la energía; y el principio de la conservación de la energía, siguiendo a Bohr, aparece como una ley del gran número. De los tres grandes principios fundamentales que la generación precedente juzgaba como los únicos rigurosos, no quedan ya, de tal suerte, sino leyes aproximativas válidas sólo para nuestra escala, o algo menos.

Desde este momento, el terreno queda despejado. El único rigor que podemos esperar, cuando la integral está comprometida, debe hallarse en la diferencial. Sólo el mundo atómico y sub-atómico puede admitir leyes rigurosas. De él espera la nueva física la verdad. Es la única realidad profunda; y si nuestros sentidos son demasiado imperfectos para alcanzarla directamente, nos remitiremos al *sentido intelectual*, a la mirada del espíritu, que va más lejos y sobre todo más alto que la del cuerpo, y que es la heredad del hombre.

No nos quedaría sino buscar entre los agregados de una filosofía algo enmohecida, la fanfarria del racionalismo, si, para evitar este retroceso, el pragmatismo, más humano y buen compañero en toda circunstancia, no quisiera asegurarnos esta salvaguardia de querer mirar más hacia el porvenir que hacia el pasado.

Siempre es excepcional que un teórico joven no se vea engañado por sus pasiones. En lo infinitamente pequeño atómico, cree descubrir no sé qué absoluto que no podría esperar la ciencia puramente experimental. No sin algún fundamento, Berthelot reprochaba a la escuela de Wurtz el querer fundar una religión nueva.

No se trata aquí de reprochar cualquiera cosa a quienquiera que sea; pero es interesante averiguar en qué medida puede la fe desempeñar algún papel en el dominio de la investigación científica contemporánea.

Con este fin, veamos cómo se establecen las leyes de los fenómenos sub-atómicos. Recordemos que no son de la escala de nuestra experimentación, y que pueden diferir de nuestras leyes experimentales.

Reducido a sus propias fuerzas, el sentido intelectual no puede crear sino hipótesis. El campo es vasto, puesto que es el de lo posible. En él, la imaginación puede caminar de carrera. El valor de las hipótesis se juzga por la manera cómo sus consecuencias se concilian con la experiencia. Pero el espíritu escoge entre las experiencias encargadas de hacer el juego a la hipótesis. El principio de las órbitas privilegiadas encontró su confirmación en la espectroscopia del hidrógeno. Anteriormente había sido dañado por la electrodinámica. Desde este punto de vista, la cuestión era necesariamente contradictoria; y la dificultad que en ella hay no se escapa a nadie. La experiencia concede por un lado lo que por otro rehusa. Existe un conflicto. He aquí, pues, de qué se compone nuestro conocimiento de la estructura atómica: hipótesis corroboradas por ciertas experiencias, pero que pueden estar en conflicto con otras.

Certidumbres que se apoyan sobre tales bases no podrían afirmar sino una fe. Dejémosle el privilegio de levantar montañas; no corramos el riesgo de quebrar los brazos muy contados que trabajan en beneficio de la ciencia. Nada importa que se crea o que se dude, si la fe y el excepticismo miran al mismo fin, o sea, a un conocimiento siempre más amplio de las riquezas del universo y de sus relaciones.

El papel que la teoría asigna a la experiencia se esclarece con lo que precede. Es fragmentario. El privilegio concedido a la espectroscopia a expensas de la electrodinámica, fija las preferencias de la doctrina y restringe el dominio de su eficacia. Este dominio es el de la irradiación.

En todo lo que concierne a este capítulo tan importante de la ciencia, la teoría electrónica es y será por largo tiempo un excelente guía. Por otra parte, ha rendido sus pruebas y su valor desafía toda discusión. Relacionando los fenómenos de radiación con la estructura del átomo químico, debió tomar mu-

cho a la ciencia química. ¿Pero tales préstamos le permitirán pretender regir la química toda entera?

Para responder a esta pregunta, importa enumerar lo que la nueva doctrina ha tomado a la química de su patrimonio teórico.

Desde luego, la noción del átomo químico que resume en modelo simple y claro las muy conocidas leyes fundamentales que presiden las combinaciones químicas: ley de la conservación de la materia (Lavoisier), ley de las combinaciones definidas (Proust), ley de los números proporcionales (Richer, Wenzel, etc.), ley de las proporciones múltiples (Dalton).

Después, la clasificación de Mendeleeff, que ordena los elementos químicos según su peso atómico creciente, en un orden tal, que los elementos dotados de un conjunto de propiedades comparables, se hallan agrupados.

Por fin, la noción de Valencia, que esquematiza ciertas leyes de asociación de elementos en los compuestos.

De estos tres préstamos, el primero sólo podía ser puro y simple. El segundo supo elevar de lo intuitivo a lo racional la mejor de las clasificaciones de elementos químicos que se hayan propuesto. El orden en que aparecen los elementos en el cuadro de Mendeleeff, les había asignado un número, llamado «número atómico». Estos números no presentaban mayor interés que los que se colocan a las casas sucesivas de una calle. Pero Rutheford dedujo de experiencias sobre la difusión de los rayos α a través de las diversas materias, que los números atómicos representan el número de los electrones-planetar de la atmósfera atómica, o, lo que es lo mismo, el número de cargas positivas libres contenidas en el núcleo-sol central. Moseley estableció en seguida que en todo espectro de rayos X, que no dependen sino del átomo que los emite, existe una relación simple entre la posición de cada franja en la escala espectral y el número atómico del elemento emisor. La ley de Moseley permite la medida precisa de los números atómicos. Cada elemento químico tiene un número atómico y un número solo que basta, además, para definirlo. Es éste un hecho nuevo cuyo interés sobrepasa al de cualquiera doctrina, pues hasta este momento

la definición de cada elemento importaba el conocimiento de su peso atómico y el de su espectro óptico (espectro de destello o de arco). Este progreso debe ser anotado al activo de la teoría.

Hemos visto que Butherford había deducido su modelo de átomo de hechos conocidos del centelleo radioactivo. Ahora bien, había sido necesario atribuir a elementos radioactivos distintos el mismo número atómico. Estos elementos no difieren entre sí sino por su radioactividad. Poseían, por lo demás, las mismas propiedades físicas y químicas. Esta identidad de propiedades implicaba para estos diversos átomos una misma atmósfera de electrones-planetas, de donde procede la identidad de los números atómicos. Nuevo éxito para la teoría. Los elementos del mismo número atómico recibieron de Soddy el nombre de Isótopos, y el fenómeno, el de Isotopía. Más tarde, J. J. Thomson y Aston generalizaron la noción de isotopía y la extendieron al conjunto de los elementos químicos, radioactivos o no. Así, la teoría reveló su poder en el dominio de las especies elementales. Desde entonces, el término elemento * químico se aplica, no ya a un individuo, sino a un género. La isotopía es un descubrimiento de primer orden que extiende nuestros horizontes y plantea nuevos y graves problemas.

El tercer préstamo, hasta aquí, no ha hecho sino traducir en un lenguaje nuevo y con ayuda de imágenes nuevas lo que ningún químico podía ignorar. En esta traducción, la noción de *valencia* no ha ganado ni en simplicidad, ni en comodidad; y a pesar de plausibles esfuerzos, el paso marcado es aparente.

Aunque la teoría electrónica haya enriquecido la ciencia con una cantidad mensurable (números atómicos), con una definición simple (definición de un elemento por el número atómico) y sobre todo con un grupo de nuevos fenómenos (isotopía), la mayor parte de los químicos estima que ha permanecido ajena a su ciencia. Es que ella no ha resuelto ninguno de los problemas cuya solución les interesa particularmente. La isotopía

* Esta terminología es ya viciosa, desde que al término *elemento* implica el de irreductibilidad. Lo mismo ocurre para el átomo divisible,

no ha franqueado los límites del capítulo de la radiación. Tanto en el aparato de J. J. Thomson como en el de Aston, los isótopos sólo se manifiestan a título de rayos positivos. Los proyectiles de que éstos son la trayectoria no se revelan sino por las señales dejadas en las placas fotográficas. Para los químicos puros, los isótopos no son todavía, salvo en lo que respecta al plomo * más que lejanas interpretaciones de fenómenos de radiación. Su existencia pertenece al dominio de la ideología y queda a merced de un cambio en la manera de ver. Para llegar a una certidumbre, los químicos reclaman muestras de isótopos distintos en tubos diversos. Todo lo demás les parece ilusorio. La traducción de la valencia en intercambio de electrones que determinan campos de fuerza entre los átomos de un mismo compuesto, les ha interesado sobre manera. La noción de valencia ha desempeñado un gran papel en la historia del desenvolvimiento de la química orgánica y en la más reciente de los compuestos minerales complejos. Los químicos han dado crédito a la teoría nueva, y se lo darán tanto como sea necesario,

Las teorías sobre las valencias se prestan a numerosas interpretaciones. En cualquiera forma que se las presente, su fondo no puede ser modificado. Trajan de las uniones posibles entre los átomos, y jamás hacen intervenir condiciones externas, únicas capaces de asegurar a estas uniones alguna solidez.

Ahora bien, estas condiciones externas, tan importantes desde el punto de vista químico como desde el punto de vista físico, aun permanecen casi totalmente ignoradas por la nueva doctrina. La estructura del átomo hace casi abstracción de la temperatura, de la presión, y, de una manera general, de todas las variables de este género, grandes primeros papeles de las disciplinas termodinámicas. Es preciso que la química sub-atómica, en los límites en que quiere interpretar los fenómenos de la química ordinaria, se ocupe en llenar tan formidable laguna.

* Se conocen plomos de diferentes pesos atómicos.

Ciertamente, debemos aplaudir tantos esfuerzos concertados para lograr ciertos ideales de la ciencia y más especialmente, su unidad. Los resultados obtenidos en el dominio de los hechos son ya considerables; sólidos puentes se han tendido entre las diversas ramas de las ciencias físico-químicas. Pero de aquí a una síntesis general del Universo, hay distancia, gran distancia.

El Universo es muy vasto y muy rico para dejarse encerrar en el cuadro rígido, y fatalmente demasiado estrecho, de un sistema. La ciencia de los modelos es un simbolismo que encierra sin duda una parte importante de verdad, pero no toda la verdad. Estos modelos son tal vez más verdaderos que las sensaciones confusas que nos hacen experimentar los fenómenos de nuestra escala. Son como esos cuadros de los Maestros, en que no aparece sino lo esencial de las realidades objetivas, de las cuales han desaparecido, a favor de una hábil estilización, las fealdades y vulgaridades, y de los cuales dicen los críticos que son más verdaderos que la naturaleza que imitan. Pero es legítimo pensar que son sobre todo un álgebra cuyos signos son particularmente claros y cuyos razonamientos son simples. Difícilmente podemos concebir que la discontinuidad que se manifiesta en las leyes de las combinaciones sea el reflejo de la naturaleza de las cosas. El átomo puede ser una realidad; pero es ante todo una hipótesis cómoda y seductora. Después de lo que he dicho acerca de las definiciones que sirven de base al sistema sub-atómico, no creo deber insistir sobre lo que valga como explicación del mundo en general y de los fenómenos en particular. Por lo demás, los *quanta* que aquí se insertan, imponen por lo menos una hipótesis absurda, lo que descarta toda posibilidad de explicación satisfactoria. No quedan, pues, para justificar plenamente la teoría, sino sus cualidades pragmáticas.

(Trad. para ATENEA, de la *Revue Philosophique*, N.ºs 3 y 4, 1927).

Historia de Palabras

Confesemos nuestra ignorancia.—¿Sabe Ud. lo que es Semántica?—Una ciencia entretenida.—Y maravillosa.—Lo que yo creía.—Lo que ignoraba Jorge Hübner.—Lo que imaginaba saber Talanto.—Es preciso estudiar.

NO se ha dado en Chile el caso de un escritor que junte al temperamento artístico, al don de imágenes y de comunicación sentimental, la alta cultura de la inteligencia o aun la cultura mediana indispensable para conocer y manejar *bien* su idioma. Por regla general, los sabios en lingüística, o en cualquier materia, son al estilo de don Enrique Nercaseau y Morán, hombres de libros, secos, rígidos, maestros de un ramo que escriben conforme a las leyes gramaticales y de acuerdo con la tradición castellana. Los otros, los que han recibido de la Naturaleza la facultad divina, carecen de la oportunidad o el deseo de ilustrarse, déjense llevar por la inspiración sin preocuparse de extenderla y encauzarla mediante el estudio, son bohemios desdeñosos de la literatura en el sentido didáctico y confiados en sus fuerzas espontáneas.

No le temamos a la franqueza para apoyar estas afirmaciones y contemos hechos con nombres propios.

Hace poco, en casa de la señora Amanda Labarca, uno de los sitios de Santiago donde es posible encontrar mayor número de personas cultas, conocimos a un profesor de Castellano cuya conversación nos interesó desde el primer momento. Habla-

mos del idioma y le dijimos el amor frustrado que teníamos nosotros por su estudio. Acaso, para nuestro gusto, no hay ciencia más interesante que la del lenguaje, sobre todo la historia de las palabras, cómo nacen, cómo se desarrollan, cómo mueren, el misterio de su origen enredado en el latín y el griego y en tantas otras lenguas, las modificaciones que el uso y las costumbres les hacen sufrir, sus alzas y bajas, al igual de las personas, su fisonomía especial y cómo su análisis conduce a la psicología, necesita de la historia, de la geografía y hasta de la química. La Filología es un punto de reunión de innumerables ciencias y una puerta para entrar al más apasionante de los estudios, el del alma misma del hombre. Nada nos interesa como nuestro propio yo, a no ser el yo de las personas que tenemos cerca por el afecto. De ahí parten y ahí convergen todos los demás intereses. La observación de las palabras constituye una llave para penetrar en ese recinto secreto. ¡Y qué sorpresas, qué de pequeñas novelas y pequeños dramas, con sus aventuras y sus complicaciones, alegorías conmovedoras o grotescas! Recordamos siempre con placer la lectura de un Jardín de Raíces Griegas que cayó en nuestras manos y no hemos olvidado las transformaciones tan singulares de ciertos términos.

Por ejemplo, el vocablo *parásito*, compuesto de dos elementos que significan «cerca del trigo». Parece (hablamos de memoria y no queremos precisar demasiado) que había en Grecia un funcionario especial, elegido entre los ciudadanos más honorables, con la misión de cuidar los depósitos de trigo acumulados en los años de abundancia para los tiempos de escasez. Por estar a la puerta de la bodega llamábasele «parásito», con mucha lógica; y la nobilísima función irradiaba su prestigio sobre el funcionario y sobre ese espejo de las cosas que son las palabras. Decir de alguien que había sido el parásito de la ciudad era conferirle un título honorífico. Pero con el trascurso de los años estos hombres se corrompieron y el trigo de la colectividad lo aprovecharon para amasar el pan de su casa y para venderlo ocultamente. Sobrevino su descrédito.

Y la palabra que los designaba empezó a descender. Tiempo más tarde ya no significaba una cosa honorable, sino al contrario: el parásito era el que vivía a costa de los demás. El funcionario y la ciudad desaparecieron; pero la pobre palabra decaída, profanada, corrompida, quedó para designar técnicamente a los que aprovechan el trabajo ajeno y matan al trabajador. ¿No es todo un símbolo? Otras palabras encierran verdaderos sarcasmos y parecen acuñadas por la mano de Voltaire, como el término *taumaturgo* que, analizado etimológicamente, significa «trabajador en prodigios», industrial en milagros.

Pues bien, el joven profesor que nos escuchaba, sin duda con un poco de ironía, ante nuestro ingenuo asombro, nos dijo que la ciencia a que debíamos dedicarnos era la Semántica.

—¿La Semántica?

—Sí, la Semántica.

Nosotros (la franqueza ha de empezar por casa) teníamos una vaga idea de que esta palabra indicaba unas señales que hacen los buques en el mar o los ejércitos en campaña de un cerro a otro. Nos sorprendió mucho oírlo a propósito de estudios filológicos. Tuvimos que preguntar, sencillamente:

—¿Y qué es la Semántica?

—La Semántica es una ciencia nuevecita, fundada hace poco, rama de la Filología que trata del «alma de las palabras».

Nos prometimos estudiar Semántica. Y al otro día le pedimos a don Carlos Jorge Nascimento, no sin cierta prosopopeya, *un tratado de Semántica*. Ignoramos si el señor Nascimento conocería a fondo la materia. Tal vez sí, porque sabe más que muchos escritores. Pero el hecho es que, sin vacilar, nos presentó un volumen de la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia titulado «Ensayo de Semántica», (Ciencia de las Significaciones) por Miguel Bréal, Miembro del instituto de Francia. Agregaremos para los que se interesen por buscarlo: Madrid, La España Moderna, Calle Fomento N.º 7. Con este libro bajo el brazo nos fuimos a hacer estudios de Semántica al Cerro Santa Lucía.

En realidad, es una ciencia curiosa y entretenida.

Cierto que el que sólo sabe una pintita de latín y nada de griego quédase un poco en el aire, porque la citas sin traducir de esos idiomas abundan en el texto; pero la intuición suple mucho y no es desagradable cierta imprecisión misteriosa en un libro de lectura. Cuando el lector lo entiende todo, experimenta un vago desdén por el libro. Nosotros entendimos lo suficiente para trazar una serie de señales en los márgenes.

Recorriéndolos ahora, después de un año, encontramos pasajes dignos de reproducirse y que dan idea del libro.

En el prólogo, Bréal nos previene contra el peligro de las metáforas, esos pequeños seres lingüísticos que nosotros creamos, en los cuales empezamos a creer y que acaban por imponérsenos, como dioscecillos. No hay que dejarlos crecer demasiado. Están en todas partes, brotan como las yerbas en el trópico y al fin obscurecen el aire. Tarea difícil porque (pág. 3) «las lenguas indo-europeas están condenadas al lenguaje figurado. Les es tan imposible librarse de él como al hombre, según el proverbio árabe, saltar fuera de su sombra».

Ya hemos encontrado, por lo menos, una bonita expresión.

Más adelante (pág. 25), hallamos una cuestión social y hasta el mismo problema de la siutiquería que provocó tantas discusiones. Se trata de la ley de repartición. Cuando un idioma empieza a entrar en un país extranjero, por lo general los términos sinónimos traban su lucha y se reparten el campo. Casi siempre, vence el extraño. Por ejemplo, en el suizo antiguo el aposento se llamaba «païle». Llegó la palabra francesa «chambre» y desde entonces «païle» es un aposento de última clase, un zaquizamí; y las piezas de personas decentes se llaman, únicamente, «chambres». Lo mismo que les sucedió a los conquistadores de Chile con los comerciantes vascos del siglo XVIII.

En esta emigración de vocablos, algunos parecen especialmente afortunados, como, por ejemplo, todos los que envuelven cierta malignidad. Existe en francés un sufijo despectivo (pág. 39) «âtre» que forma palabra como «marâtre», madrastra, «bellâtre», hermosote, «douceâtre», dulzón. Viene del griego. Agradó a los romanos que lo adoptaron dándole el sentido de falsedad, de

simulación, y tenemos el padrastro y la madrastra, los que simulan ser padre y madre, pero no lo son, el medicastro, el poeastro, el pillastre, etc., etc.

Otro hecho de psicología subrayado por la filología: las palabras contrarias se influyen visiblemente, se buscan y toman el mismo camino, igual que los caracteres opuestos. «El espíritu— (63)—acostumbra asociar las ideas por pares y tiende a soldar entre sí las contrarias, dándoles la misma apariencia exterior». El día y la noche, la vida y la muerte, el antes y el después, a fuerza de encontrarse siempre acabaron, en latín, por declinarse de igual modo. Su oposición produjo el efecto de la analogía, su enemistad tuvo las consecuencias de la amistad.

El hombre de sociedad gusta disimular las cosas ofensivas, tender sobre ellas un velo amable; pero con el tiempo, este velo se rompe, y la cosa desagradable aparece desnuda. Entonces hay que echarle otro disfraz. Y así las palabras van girando como en una rueda. La voz *periculum* significaba, primero, experiencia; ahora el peligro es el peligro. *Valetudo* quería decir salud; tanto se alentó a los enfermos que, hoy, valetudinario, es un hombre muy enfermo, y pedir licencia por salud equivale a pedirla por enfermedad. Lo mismo sucede con el verbo *mentir* que proviene de *mens*, mente, imaginación. El que mentía era el que pensaba. En alemán *List*, astuto, empezó como sinónimo de *Kunst*, saber, habilidad. Se decía *Gottes List*, la sabiduría de Dios. En inglés *silly*, tonto, proviene del anglo-sajón *saelig* y del alemán *selig*, «dichoso, tranquilo, inofensivo». *Prude* en francés era el femenino de *preux*, prócer, noble; tanto se aplicó a mujeres que no lo merecían que pasó a significar hipócrita, mojigata, etc. Y así, continuamente, rómpese el velo de la decencia y aparece la indecencia.

En las sociedades modernas, esta transformación es más rápida que en las antiguas; las palabras, como las gentes, caen y desaparecen en menos tiempo.

Debemos sentirlo, porque las palabras constituyen el más precioso archivo histórico; son medallas donde queda grabada la vida de los hombres y de los pueblos. Burnouf creía descu-

brir en ellas el origen de los dioses: «Numina, nomina», decía; los númenes proceden de los nombres. En todo caso, no se puede negar que así como el pie deja su huella en el barro del camino, el alma humana queda estampada en el lenguaje, camino de sus ideas, sus intereses y sus esperanzas.

En griego la palabra caballo significaba primitivamente sólo animal. El amor del jinete por su cabalgadura hizole designarla con el nombre de «el animal»; y de ahí la fusión de los dos términos. *Emprender*, empresa, aparece ahora como un vocablo genérico aplicable a toda clase de obras; entre los griegos empezó significando piratería, latrocinio en el mar. Tanto los multiplicaron que acabó por extenderse a toda clase de empresas... Y tenemos dos rasgos del carácter griego, la afición a las carreras de caballos y la afición al mar, en especial, a los robos marítimos, retratados en dos palabras,

Los cuadros de la vida romana que pueden ofrecernos las evoluciones del léxico latino son abundantes y significativos. Tenemos la palabra *facio*, madre de los facistas, que significaba víctima ofrecida a un dios, y evolucionó en el sentido de unión, congregación, liga, cosas que, ciertamente, no ha desconocido Mussolini. *Pecunia* eran primero los ganados; como constituían la base de la riqueza pasó a significar riqueza; y cuando el dinero representó a ésta, tomó el sentido de moneda. ¿Y el *lujo*? Pertenece a una época más civilizada, con ideas morales rígidas. Viene de «luxo», que ha dado luxación, quebradura; término quirúrgico que, por extensión, significó toda violación, todo quebrantamiento de una regla; entre ellos, para un pueblo sobrio, estaba el exceso de suntuosidad, el lujo. El nombre envuelve su condenación. *Rivales* viene de «rivalis», ribereños, los que estaban al borde del mismo río y tenían esos pleitos de agua que tan bien conocen los agricultores chilenos. *Prenda* arranca de predio, terreno dado en garantía de un préstamo; como, al fin, todos los terrenos estaban hipotecados, predio significó terreno. En francés primitivo, *gain* no significaba ganancia, sino ganado; cuando el ganado se transformó en ganancia, la palabra siguió el mismo camino.

Las palabras van así detrás de los hechos como la sombra detrás de los cuerpos, son su doble etéreo que, a veces, suele desprenderse y persistir con vida propia.

• • •

Tales son, para no alargarnos demasiado, algunas de las amenidades que procura la Semántica.

Puede ser que, si se crea el Instituto de Altos Estudios pedido al Gobierno, tengan nuestros escritores ocasión de afirmar su cultura con estos conocimientos que los harán dueños del lenguaje y les darán al mismo tiempo una llave preciosa para el recinto secreto del espíritu.

Por ahora la inmensa mayoría los ignoran en gran parte, si no en su totalidad. Hemos referido cómo tuvimos nosotros noticia de la Semántica. Ello nos autoriza para terminar con una pequeña anécdota. Muy ensoberbecidos con este nuevo saber, quisimos lucirnos delante de ciertos amigos y le preguntamos a Jorge Hübner lo que significaba Semántica. Jorge Hübner sabe latín, porque lo estudió hasta el sexto año en el Seminario, el único colegio donde se enseña bien; y además ha leído enormemente. Después de meditar un rato, repuso con heroica resignación que lo ignoraba. Hicimos la misma pregunta a Julio Talanto, hombre universal, erudito enciclopédico, exégeta, historiador, estilista, devorador de libros. Repuso que por supuesto lo sabía; pero nos hizo esperar un poco la explicación. Por fin, exclamó muy seguro:

—Es una rama de las Matemáticas.

Nosotros nos sentimos en buena compañía.

Y no fué éste el menor agrado que nos proporcionó la Semántica.

Ricardo E. Latcham

El hombre americano. Teorías modernas sobre sus orígenes

ANTES de todo, es preciso dejar establecido que, al tratar de los orígenes del hombre, ya sea como especie única, ya sea como rama particular de la humanidad, nada sabemos en definitiva.

El mundo científico todavía no está de acuerdo ni siquiera sobre la cuestión de la monogénesis o la poligénesis, es decir, si el hombre se ha originado en un solo punto o si las diferentes razas primordiales han tenido orígenes diversos. No obstante, hoy es generalmente aceptada la primera de estas hipótesis sin que hasta ahora se haya podido resolver el problema de su diferenciación.

No es nuestro propósito examinar aquí las premisas de estas diferentes teorías, sino dedicarnos más bien a pasar breve revista a las ideas modernas respecto de la manera cómo se pobló este continente.

Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo, él y los que le acompañaban creyeron que habían llegado a las Indias y los habitantes fueron mirados como naturales de aquellas regiones y llamados indios. Más tarde, cuando se vino a comprender que se trataba de una tierra hasta entonces desconocida, comenzaron las hipótesis respecto de quienes eran los naturales; las cuales, en general, eran funestas para los indígenas. No encontrándose en las tradiciones hebraicas ninguna mención ni del

continente ni de sus pobladores, se llegó a la conclusión de que los americanos no eran hombres en el sentido bíblico y que por consiguiente no tendrían alma. Este concepto fué desastroso para los indios, ya que motivó la esclavitud y matanza de los naturales en gran escala, antes que fuera combatido por Las Casas y otros.

Más tarde, se buscaron sus orígenes en varias partes del Mundo Antiguo, pero la tendencia general era hacerlos descender de algunos de los pueblos mencionados en la Biblia, porque no se concebía que pudiera haber otros. Gomara, Lerius, Lescarbot y otros sostenían que eran descendientes de las tribus de Canaan, desalojadas por Josué, pero la teoría más aceptada era que los indios americanos representaban las diez tribus perdidas de Israel.

Durante el siglo XIX, las hipótesis, aunque más racionales y fundadas, eran igualmente diversas. Kaimes, Morton, Nott y Gliddon, Quatrefages y otros sustentaban la idea de que los indios eran autóctonos, es decir, que se habían originado en el continente mismo. Grotius creía que Yucatán se había poblado por cristianos etíopes y que las ruinas mayas debían atribuirse a ellos. Según Mitchell los antepasados del hombre americano procedían en parte del noreste de Asia y en parte del Océano Pacífico. Mc. Cullogh opinaba que los indios se derivaban de elementos diversos que llegaron a América desde el oeste, cuando todavía existía en esa dirección un puente terrestre que también dió paso a los cuadrúpedos. Quatrefages miraba a los americanos como resultado de la fusión de la raza fósil de Lagoa Santa en Brasil, con la Paraná y quizá otras, entre las cuales suponía figurar la polinésica. Pickering estimaba que los indios debían su origen en parte a los mongoles, en parte a los malayos.

No obstante, la mayor parte de los etnólogos opinaban que los indígenas de América, con la excepción de los esquimales, descendían de inmigrantes del noreste de Asia y en especial de los tártaros o mongoles.

Los escritores más recientes, con una notable excepción, Flo-

rentino Ameghino, están de acuerdo en que este continente se pobló por inmigraciones sucesivas y multiplicación local; pero la localidad, naturaleza y época de las inmigraciones son cuestiones todavía muy discutidas. Algunos autores, como Hrdlicka, están en favor de una derivación casi exclusivamente del nor-este de Asia. Otros, como Ten-Kate, Rivet, Verneau y otros opinan con Quatrefages que, a lo menos una parte de la población ha tenido un origen polinésico. Brinton creía que los indios llegaron desde Europa, en tiempos muy remotos, cuando todavía estaba unido el Nuevo Mundo con el Antiguo; y Kollmann, fundándose en algunos cráneos muy pequeños, pensaba que antes de los indios actuales, poblaba el continente un pueblo de pigmeos.

Una de las hipótesis que más llamó la atención fué la que, durante los últimos treinta años, formuló Florentino Ameghino, el paleontólogo argentino. Según esta teoría, no solamente el hombre americano, sino la humanidad entera, se originó en Sud-América, diferenciándose en este continente, hasta formar un número de especies, la mayor parte de las cuales se extinguieron. De Sud-América, el hombre se extendió, por una conexión terrestre, hasta Africa, poblando sucesivamente ese continente y la Oceanía. El hombre primitivo, después de esparcirse por toda Sud-América, emigró a Norte-América y desde allí llegó hasta Asia y Europa.

Ameghino fundó su teoría en los restos osteológicos del hombre-fósil que se habían descubierto en varias partes de Sud-América y especialmente en la Argentina, a los cuales atribuyó una edad geológica, hablando de razas cuaternarias y aun terciarias. Por fin, anunció no solamente el descubrimiento de distintas especies humanas de vasta antigüedad, sino el de varios precursores del hombre, relacionados en la época eocena con los pequeños primates sudamericanos de aquel período.

Tanta resonancia adquirieron estos anuncios y, sus consecuencias, al ser comprobadas, habrían sido tan trascendentales para las ciencias antropológicas, que la Smithsonian Institution de Wáshington envió a Sud-América una expedición encabezada por su más renombrado antropólogo, el Dr. Hrdlicka y

un geólogo de muchísima experiencia y criterio, el Sr. Bailey Willis. Estos profesionales, después de un estudio detenido y prolijo de todos los restos y de un examen minucioso del terreno en que se habían hecho los descubrimientos, llegaron a conclusiones completamente adversas para las teorías de Ameghino.

En uno de sus artículos, Hrdlicka hace el siguiente resumen de sus deducciones: «Un estudio concienzudo de todos los hechos presentados demuestra que toda la estructura erigida en apoyo de la teoría del hombre geológicamente antiguo en el continente meridional descansa sobre datos muy imperfectos y erróneamente interpretados y, en muchos casos, en premisas falsas. Como consecuencia, se desmorona completamente cuando se somete a una crítica rigurosa. No puede sostenerse la pretensión de que hasta ahora se hayan presentado vestigios tangibles ni del hombre de antigüedad geológica, ni de los precursores de la raza humana. Sostengo la opinión, la que me parece debe mantenerse por todos los investigadores, que la aceptación definitiva de la evidencia sobre este punto no podrá justificarse hasta que se haya acumulado un conjunto de observaciones estrictamente científicas, suficientes en calidad y en número para establecer, sin lugar a dudas, una proposición de tanta trascendencia».

Además de las teorías citadas, debemos mencionar la que supone que los americanos pueden haberse originado en la tierra sumergida de Atlantis y la que habla de un continente perdido en el Pacífico que pudo ser la morada original del indio.

Tampoco han saltado quienes insinuaran que, en vez de haberse poblado América desde Asia, la corriente migratoria probablemente tuvo una dirección inversa, poblándose la Siberia desde América.

Estas son algunas de las más importantes de las teorías especulativas que se han formulado respecto de la población del hemisferio occidental, ninguna de las cuales ha sido universalmente aceptada, habiéndose encontrado objeciones fundamentales a todas ellas.

Durante los últimos treinta años, el mayor interés en las cuestiones antropológicas ha hecho que se intensificaran dichos estudios. Nuevas investigaciones se han realizado en todas partes del mundo habitado. Los gobiernos, los cuerpos docentes, las instituciones científicas y aún muchos particulares desprendidos han costado expediciones a los últimos rincones del mundo para que se estudiaran en su propio medio los pueblos más primitivos, que ya desaparecen rápidamente; a la vez que se han encargado excavaciones en vasta escala, destinadas a reconocer la cultura y modo de vivir de las pasadas generaciones y las relaciones que puede haber tenido un pueblo con otro.

Gracias a todas estas investigaciones, tenemos actualmente un acopio de informaciones y datos precisos que nos permite afrontar los antiguos problemas con mayor discernimiento; pero, a la vez, ha creado una nueva serie de problemas, insospechables a mediados del siglo pasado. Si antes la escasez de elementos comparativos constituía una seria dificultad, hoy, su número, su complejidad y sus aparentes contradicciones impiden, en cierta manera, una fácil coordinación de sus enseñanzas y han dado lugar a una nueva serie de teorías tan diversas como las anteriores, aunque mejor fundamentadas.

Por otra parte, en nuestro concepto, estamos todavía en la época de reconstrucción y de clasificación de los hechos, y aun no ha llegado el momento de generalizar. Pasará mucho tiempo antes que los datos recogidos sean debidamente cotejados, comparados, pesados y digeridos lo suficientemente para darles su verdadero valor y perspectiva. Entretanto se formarán escuelas que preconizarán sus teorías particulares, por lo general poco duraderas, por ser demasiado parciales. Si se examinan las premisas de tales teorías de una manera superficial parecen, por la mayor parte, perfectamente lógicas; pero una crítica más profunda demuestra generalmente que sus autores han hecho caso omiso de otras series de hechos y factores que, a menudo, son completamente contradictorios y echan por el suelo, o cuando menos, hacen más dudosas las conclusiones avanzadas. Esto

proviene de la costumbre de dar preferencia a cierta categoría de hechos y desestimar la evidencia de otras.

Las categorías a que hacemos referencia son tres: la antropológica, que trata principalmente de la estructura y los caracteres somatológicos o físicos del hombre; la lingüística, que se ocupa de las lenguas de los diversos pueblos, sus relaciones entre sí y su dispersión antigua y moderna; y la cultural, que se dedica a estudiar el desarrollo mental e industrial de la humanidad y los paralelismos o las diferencias que se hallan en las diversas partes del mundo.

Pero resulta que ninguna de estas categorías es, por sí sola, bastante concluyente. A todas ellas, aisladamente, se pueden oponer serias objeciones. Por lo tanto, en la actualidad, no se considera comprobada una hipótesis respecto de los orígenes de un pueblo, mientras no concuerdan en su evidencia dos o preferiblemente las tres categorías de hechos. Por ejemplo: si hallamos en América tipos humanos que en sus caracteres físicos se acercan mucho a otros en el noreste de Asia, únicamente podemos hablar de una posibilidad de que hayan tenido un solo origen. Si por otra parte, la lingüística nos asegura que estos dos grupos hablan o hablaban lenguas que indudablemente se desprendieron del mismo tronco, la probabilidad llega a ser casi certeza; y, cuando a estos hechos comprobados, la etnología nos agrega que el cuerpo de creencias, de supersticiones, de costumbres y prácticas es idéntico o muy semejante y que sus industrias, artes, organización y manera de vivir son iguales o parecidas, entonces se elimina la última duda y no tenemos más que admitir la comunidad de origen.

Entretanto, esto se ha hecho, hasta el momento, en muy pequeña escala y la mayoría de las deducciones e hipótesis son unilaterales e incompletas.

Cada uno favorece su estudio favorito. Así el antropólogo da más importancia a los caracteres físicos y somatológicos de los pueblos que estudia y su tendencia es formular sus teorías casi exclusivamente sobre esta clase de hechos. El filólogo, por el contrario, considera muy mutables los caracteres antropoló-

gicos y más estables y seguros los indicios de la lingüística; mientras que el etnólogo estima que la dispersión de la raza humana puede seguirse trazando la migración de las costumbres, artes, creencias e industrias en las diferentes tierras del globo.

Todos estos sistemas son de gran utilidad, pero ninguno de ellos solo puede resolver en último término la cuestión de los orígenes.

Hasta ahora, a pesar del enorme adelanto experimentado en los últimos decenios, nuestros conocimientos son fragmentarios y no siempre los estudios hechos en las tres categorías corresponden a la misma localidad, al mismo pueblo o a la misma época. La arqueología, por ejemplo, nos proporciona datos preciosos sobre la vida de los pueblos desaparecidos hace muchos siglos, sin que, a menudo, pueda darnos una sola noticia sobre la lengua que hablaban. A veces también, se descubren artefactos que han resistido los ataques del tiempo, cuando se ha destruido todo vestigio de los huesos humanos que habrían ayudado a identificar el pueblo al cual pertenecían. En semejantes casos, solamente se pueden hacer conjeturas sobre el origen de dichos pueblos, más o menos probables, según las demás circunstancias.

Entre las hipótesis que se han formulado durante los últimos años respecto del origen de los indios americanos, hay dos o tres que, por la discusión que han provocado, merecen mencionarse.

Una de ellas es la que propagó la llamada escuela de Manchester, (compuesta principalmente de los profesores de la Universidad de aquella ciudad), iniciada por su jefe Elliot Smith y sostenida por sus discípulos Jackson, Perry y Rivers. Elliot Smith se había dedicado especialmente al estudio de la egiptología, y durante los últimos veinte años, también al de los orígenes americanos. Sus investigaciones versaron especialmente sobre los aspectos culturales de las antiguas civilizaciones. Llegó a convencerse de que las viejas culturas del mundo tuvieron su origen en el valle del Nilo y que todos los principales adelan-

tos materiales, invenciones y aun progresos mentales emanaron de esa fuente única, para esparcirse después por todo el globo. Este conjunto de costumbres, creencias, industrias, elementos arquitectónicos y artísticos fué llamado *civilización heliolítica*, nombre inventado por Brockwell.

En especial, encuentra que las antiguas culturas americanas —la maya, la mejicana y la peruana, como también la oceánica, presentan tantas analogías con la egipcia que no puede dudarse que tuvieron su origen en ésta.

A pesar del gran número de argumentos que presenta en apoyo de su teoría, el mundo científico, en general, ha recibido con bastante frialdad sus conclusiones y algunos etnólogos la han criticado severamente.

Otra escuela, la histórica-cultural, cuyos principales exponentes son Foy, Ackermann, Graebner, los Padres Schmidt y Koppers y otros también, fundándose principalmente en el estudio de las culturas materiales y las analogías psicológicas de los pueblos, estima que una gran parte de la América y especialmente el continente meridional ha recibido una parte considerable de su población de la Indonesia y Melanesia. Basa sus argumentos en la monogénesis de las principales invenciones de la humanidad. Alega que no es probable ni siquiera posible que las mismas ideas hayan originado espontáneamente en diversas partes del mundo o en distintas épocas. Una vez inventadas las artes, industrias, creencias o costumbres se han repartido en el mundo entero por difusión y no por la recurrencia de idénticas ideas en diversos centros.

Desechando los conceptos *a priori* de los evolucionistas, funda sus teorías sobre una base histórica. Estudia primero los pueblos más primitivos que subsisten actualmente o de que existen noticias históricas, y sobre los hechos así comprobados funda sus comparaciones con pueblos más desarrollados, como igualmente con los que han desaparecido, pero cuya arqueología se conoce.

Llega a una conclusión diversa de la sustentada por la escuela evolucionista, la cual considera que el desarrollo cultural

y mental del hombre pasa por las mismas etapas sucesivas en todas partes, para llegar a los mismos o parecidos resultados. Declara que la unidad en la evolución cultural de los hombres jamás ha existido y que las formas culturales de los pueblos primitivos no presentan fases distintas de una misma evolución sino evoluciones múltiples y heterogéneas entre sí. Por ejemplo, Graebner dice: «Se ve más claro este cambio de opiniones científicas en la concepción del llamado *matriarcado*. Muchos pueblos viven, como es sabido, en estirpes, grandes familias u otras formas sociales que rebasan el perímetro de la familia singular. Pero diferéncianse unos de otros en que en unos los hijos pertenecen a la estirpe del padre, y en otros a la de la madre. En el primer caso decimos que hay *patriarcado*; en el segundo, *matriarcado*. Ahora bien, antes imperaba sobre este punto la opinión de que se trataba de dos fases de la misma evolución. Considerábase el matriarcado como el sistema más antiguo, procedente, a su vez, de un estado en que no existía el matrimonio y al que se daba el nombre de *promiscuidad*; porque en este estado, es claro que los hijos debían ser atribuidos a la madre en virtud del principio: *mater certa, pater incertus*. Sólo en el estado posterior de matrimonio—decíase—ha sido bastante intensa la influencia del padre para adquirir un poder decisivo sobre sus hijos y adscribirlos a su estirpe. Pero el conocimiento más exacto de los pueblos salvajes, precisamente de los más primitivos, nos ha enseñado que ese estado de promiscuidad en las comunidades, es una hipótesis sin fundamento, o mejor dicho, un parto de la fantasía; que ni siquiera ciertos vestigios de matrimonio por grupos—supuesto estado intermedio entre la promiscuidad y el verdadero matrimonio—pueden considerarse como formas primarias, sino secundarias, que justamente, los pueblos más primitivos viven en monogamia, indudable, y que, en fin, no puede afirmarse que en toda ocasión el estado cultural de los pueblos matriarcales sea más primitivo que el de los patriarcales. La etnología ha llegado a convencerse de que los sistemas patriarcales no han imperado jamás en todos los pueblos de la Tierra, sino que

representan la evolución definida de ciertos grupos, caracterizados sobre todo por sus particularidades económicas. En muchos pueblos, por ejemplo, los indo-germanos, no hay ninguna razón para admitir un remoto estado matriarcal en la constitución de las estirpes... Pues ya no basta suponer que todas las series históricas procedan de un fondo originario, común y neutral, sino que es necesario descubrir los pilares verdaderos sobre que descansa, en última instancia, el edificio, llegando hasta donde nos permitan nuestros medios actuales».

En cuanto a las ideas de esta escuela respecto de la población de América, no todos sus sustentadores están de acuerdo en todos los puntos relacionados con ella. En general, admiten que los habitantes de este continente se han derivado, lo mismo que sus culturas, de varios centros más antiguos, como el norte y noreste del Asia, la Mongolia y la Austromelanesia.

Funda sus conclusiones, como hemos dicho, principalmente en las analogías culturales y hace tiempo anunció que los Fueguinos debían, en un tiempo, haber tenido relaciones estrechas con los Australianos. Esta declaración se recibió con cierto escepticismo y se consideró poco verosímil. Hoy, sin embargo, se puede aceptarla, por extraña que parezca, como una cosa comprobada.

Al enunciar la idea, los fundamentos eran escasos, dudosos y puramente culturales. Estribaban en el hecho de hallarse en ambas zonas, el uso de capas de pieles, la construcción de habitaciones en forma de colmenas, el mismo método de torcer las fibras vegetales para fabricar sus hilos y cordeles y el empleo de embarcaciones hechas de la corteza de árboles.

Estas analogías pertenecían a una sola de las categorías de pruebas de que hemos hablado y no indicaban sino una remota posibilidad. Luego los estudios anatómicos efectuados por Verneau, en una serie de restos osteológicos hallados en los antiguos paraderos de la Patagonia, indicaron que éstos presentaban ciertos caracteres australoides. Como se trataba de un pueblo desaparecido, no se le relacionaba con los fueguinos actuales y el hecho se olvidó.

En los últimos dos o tres años, sin embargo, se ha estudiado con mucha atención los cráneos fueguinos llevados a Europa por el Padre Martín Gusinde, ex-jefe de sección del Museo de Etnología y Antropología de Santiago, y se ha comprobado de una manera bastante satisfactoria, que varios cráneos de los Onas presentan caracteres esencialmente australoides. Con esta comprobación, el hecho, antes considerado simplemente como posibilidad, se robusteció y llegó a convertirse en una gran probabilidad. Sólo faltaba la confirmación lingüística para convertirse en certeza; y esta prueba no tardó en producirse. El Dr. Paul Rivet, al hacer un estudio comparativo entre las lenguas australianas (todas o casi todas derivadas de un mismo tronco) y las del grupo Tshon, que incluye las de los Patagones y los Onas de Tierra del Fuego, halló, en un corto vocabulario, más de 70 voces y raíces que, en su fonética y en su significado, eran iguales en los dos grupos de lenguas; estableciendo, sin ningún lugar a dudas, que los dos pueblos—los Onas y los Australianos—si no tuvieron el mismo origen, a lo menos habían vivido en algún tiempo en íntimo contacto, entremezclándose mutuamente.

Debe acreditarse a esta misma escuela otra victoria parecida. Hace algunos años, había llamado la atención hacia el hecho de que muchos de los elementos comunes a las antiguas culturas del norte y del noroeste de Sud-América, de Centro América, la parte meridional de Méjico y parte de la costa de California, presentaban grandes analogías con los de la Indonesia, la Melanesia y la Polinesia, y sostenía la teoría que dichos elementos debían haber llegado a América desde la Oceanía.

Con anterioridad, Rivet y Ten-Kate al estudiar diferentes series de cráneos del Ecuador y de California, habían llamado la atención a ciertos caracteres que los acercaban al tipo de cráneo de los polinesios. Posteriormente, Verneau halló los mismos caracteres en los cráneos colombianos. Existían grandes probabilidades entonces que hubiesen existido relaciones directas entre las dos regiones. Pero, como en el caso anterior, faltaban las confirmaciones lingüísticas. Tocó otra vez al Dr. Rivet des-

cubrir la evidencia que convertía la probabilidad en *certidumbre*. Comparando las lenguas Hoka, habladas en la costa del Pacífico desde Oregón hasta el istmo de Tehuantepec en el sur de Méjico, con los dialectos Melaneso-polinesios, en un vocabulario de 160 palabras, halló que 140 de ellas eran comunes a los dos grupos de lenguas, con los mismos significados.

Alentado por este descubrimiento, que dejaba en claro las relaciones entre la América y la Oceanía, el jóven argentino, Enrique Palavecino, se puso a comparar la lengua *maori*, de los naturales de Nueva Zelandia y la *quechua*, hablada por los indios peruanos. Aquí se pudo establecer nuevamente, aunque en menor grado, que el idioma americano había sido influenciado por las lenguas oceánicas, hallándose 65 correlaciones entre las voces comparadas. Por su parte el Prof. Imbelloni, de la Universidad del Litoral, Paraná, también ha descubierto que muchas otras voces de las lenguas sudamericanas son comunes a las polinesias. Lo que más nos interesa por el momento es que un vocablo que consideramos exclusivamente araucano—la palabra *toki* o *toqui*, hacha o insignia de mando—y cuyo uso se había extendido a las lenguas de los patagones y de los peruanos, es igualmente usado con el mismo significado en la isla de Pascua, en Nueva Zelanda, Tonga, Las Islas Marquesas, Samoa y Tahití. Hoy no puede quedar duda de que han existido relaciones prehistóricas entre la Polinesia y Melanesia por una parte y las costas americanas por la otra.

Hrdlicka, quien, quizá más que cualquier otro ha estudiado al hombre americano desde el punto de vista de la antropología física, formula las siguientes conclusiones respecto del origen de esta raza:

«1.^a No existe evidencia aceptable, ni probabilidad siquiera, que el hombre se haya originado en este continente;

2.^a El hombre no llegó a América sino después de alcanzar un desarrollo superior al del hombre paleolítico de Europa y después de haber pasado por una serie de diferenciaciones que le dividía en un número de sub-tipos, distintos en sus caracte-

res secundarios, aunque no lo suficientemente para eliminar el tipo genérico, el que es igual en todo el continente;

3.^a Mientras que el hombre, desde que comenzó a poblar América ha recibido numerosas modificaciones secundarias sub- raciales y locales en su estructura, no puede considerarse que éstas sean fijas o que hayan obliterado el tipo primitivo y persistente».

Estima que el hombre americano se originó en el Asia, y que llegó en una sucesión de olas o migraciones. Dice: «Los inmigrantes, aunque todos pertenecían a la misma raza fundamental, no eran estrictamente homogéneos, sino que representaban varios distintos sub-tipos de los pueblos pardoamarillentos, con diferencia de cultura y de lengua.

El primero de estos sub-tipos era, según muchas indicaciones, el elemento dolicocefalo, representado en Norte América, hasta ahora, por las grandes ramas Algonquina, Iroquesa y Shoshoneana; más al sur, por las tribus Piman-Aztecas y en Sud América, por muchos ramales que se esparcieron por extensas regiones, desde Venezuela y las costas del Brasil hasta Tierra del Fuego.

En seguida llegó el tipo que Morton llamó Tolteca, tan indio como el anterior, pero señalado por su braquicefalia. Este tipo, con el tiempo se esparció por el noroeste del continente, el centro y sureste de los Estados Unidos, las costas del golfo de Méjico, las Antillas, Yucatán, una gran parte de Méjico, Centro América y por fin llegó a las costas del Perú y otras partes de Sud América.

Por último llegaron los esquimales y las tribus Atapascas. Éstos, hallando cortado el camino hacia el sur, por las tribus llegadas anteriormente, tuvieron que quedarse en las regiones árticas y sub-árticas, donde todavía habitan».

Como conclusiones, deduce Hrdlicka, que: los indios de América representan, en general, una sola raza u *homotipo*, que es idéntica con la de los pueblos pardo-amarillentos de Asia y Polinesia. La inmigración ha tenido lugar por las rutas septentrionales, no en masa, sino, con toda probabilidad, por pequeños

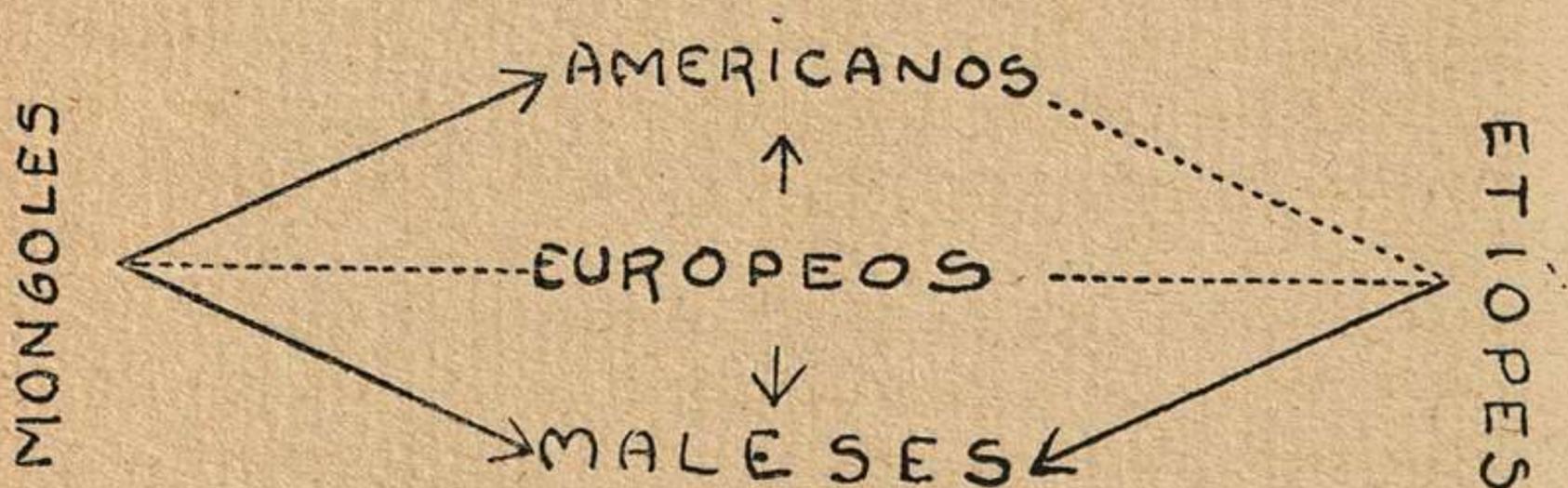
grupos. Es también probable que durante los últimos dos mil años, las costas occidentales, en varias ocasiones, han sido visitadas por pequeños grupos de polinesios y que por las costas orientales hayan llegado igualmente algunas partidas de hombres blancos, y que estas migraciones pueden haber influenciado las culturas locales, sin modificar el tipo físico de la población.

Ésta, en general, parece ser la teoría más aceptable y más en conformidad con los hechos en cuanto los conocemos hoy.

Es interesante citar en este respecto, la opinión enunciada por Renato Biasutti en 1912, en que aparentemente combate la teoría de Hrdlicka, aunque en el fondo encierra el mismo concepto fundamental.

Después de analizar los caracteres físicos de todas las variedades del hombre americano, declara lo siguiente: «muy lejos de ser *homotipo* la humanidad de América, se presenta compuesta de elementos heterogéneos, casi como si ese territorio fuese, desde el principio, destinado como un enorme crisol para formar la sede de repetidas fusiones, así como hoy es el teatro de la más inverosímil amalgama de criaturas humanas».

Según la teoría de Biasutti, en el hombre americano se halla una mezcla de caracteres australianos, caucásicos y asiáticos. Esta mezcla la explica gráficamente por el siguiente esquema:



Las razas más afines están unidas por líneas continuas y las más diferenciadas por puntos.

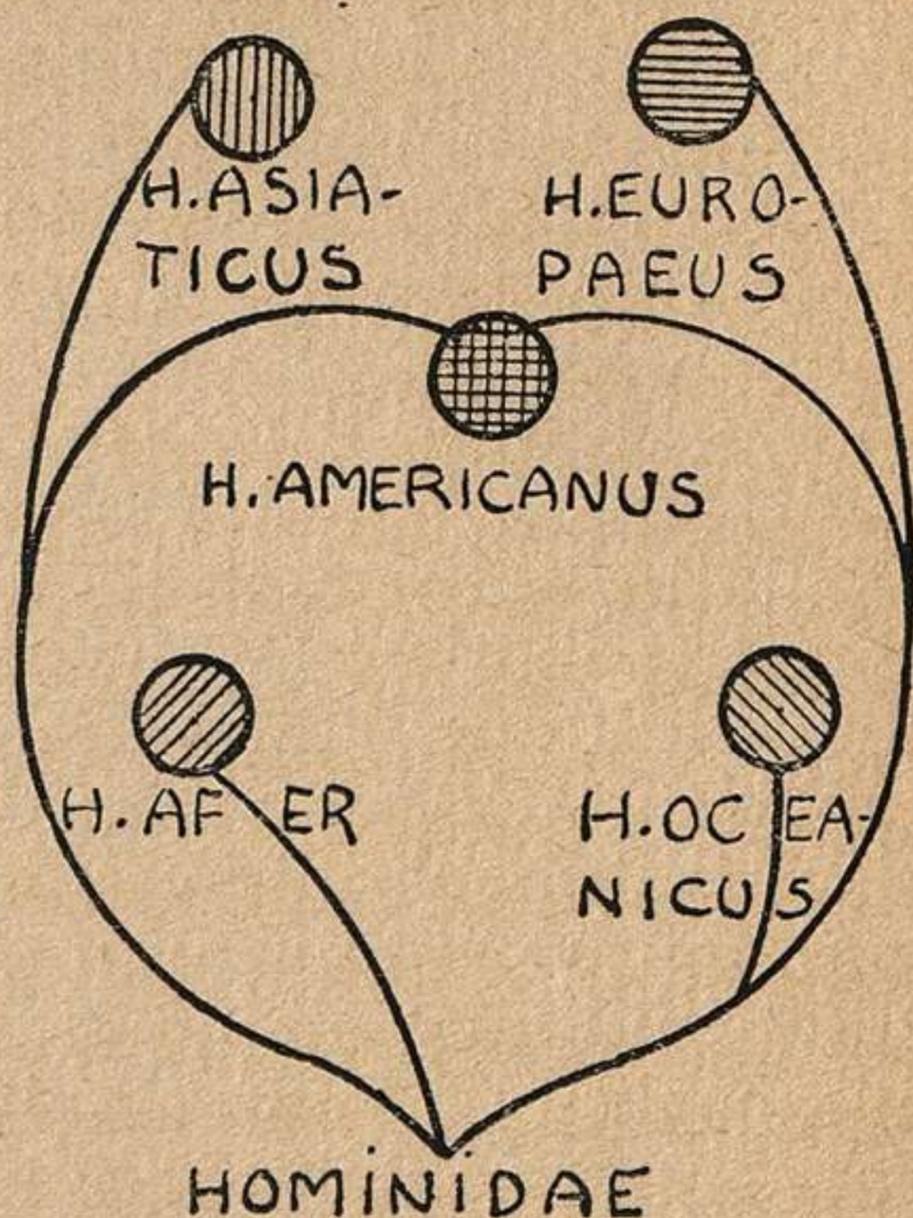
Con otro gráfico explica sus ideas respecto del origen de las distintas razas primordiales y la posición intermedia que ocupa entre ellas el hombre americano.

Como resumen de las diversas ideas que parecen acercarse más a la verdad en cuanto se puede juzgar por nuestros actuales conocimientos, nos permitimos formular la siguiente síntesis:

Sin tocar el punto de los últimos orígenes de la humanidad, encontramos desde tiempos muy remotos tres razas primordiales, distinguibles a primera vista por el color de su piel: la blanca, la amarilla y la negra.

Contrariamente a lo que antes se creía, ahora se sabe que el hombre blanco apareció primero en Europa y en sus migraciones llegó a Asia, formando allí los llamados pueblos arios de aquel continente.

Al Este y Sureste del mismo continente y en las islas y archipiélago de la Malasia habitaba la raza amarilla, mientras que en la Micronesia y en Africa hallamos la raza negra. No se saben las causas de la diferenciación de estas razas primordiales, ni la razón de su distribución primitiva. Todo lo que se ha dicho sobre estas cuestiones no son más que conjeturas, sin ningún fundamento seguro. Lo que sí, parece indudable, es que la fusión de estas tres razas en diferentes proporciones y la subsiguiente intermezcla de los tipos así producidos, dió origen a las numerosas variedades del hombre que hallamos poblando el mundo en épocas posteriores. Una fusión de esta naturaleza, en que tomaron parte las tres razas, produjo el hombre pardo-amarillento, y las principales diferencias que se notan en este tipo se deben a la preponderancia ya de una, ya de otra de las



razas primordiales en la fusión, aunque de las mezclas entre sí de estos sub-tipos, nacieron después algunas variedades secundarias.

Los pueblos pardo-amarillentos poco a poco se extendieron por las islas de la Melanesia y la Polinesia, por todas las partes desocupadas del Asia occidental y septentrional, y con el tiempo pasaron, en una sucesión de pequeñas olas, al continente americano.

Así se explica que el hombre americano, desde su aparición en el continente, presente numerosas diferencias estructurales y somatológicas, pues parece evidente que todas las inmigraciones no eran de miembros del mismo grupo, ni hechas en la misma época.

La diferencia de proporción en las mezclas de las tres razas primordiales es de bastante importancia, pues explica porqué los diversos sub-grupos formados no eran todos iguales o parecidos. Las razas blanca, amarilla y negra no sólo se diferenciaban por su color, sino que también, la mayor parte de sus demás caracteres físicos y aún psicológicos, eran distintos, de manera que los sub-grupos se acercarian más a la cuya proporción era más intensa en aquella mezcla particular.

Por otra parte, estos sub-grupos también se cruzarían constantemente entre sí, dando lugar a nuevas modificaciones y es indudable que esta diferenciación había progresado bastante antes de que los pueblos formados por tales mezclas comenzaran sus emigraciones a América, continuándose después en su nueva morada.

Por eso, Biasutti encuentra en los pueblos americanos, elementos de las tres razas primordiales, en un sinnúmero de proporciones y los considera heterogéneos. Hrdlicka, por otra parte, estima que la fusión se llevó a cabo en el Antiguo Mundo, formándose con la amalgamación una cuarta raza que llama la pardo-amarillenta, cuyos caracteres esenciales llegaron a fijarse. Esta nueva raza forma su *homotipo*; pues considera que, después de su llegada a América, sus modificaciones han sido sólo secundarias, sin cambiar esencialmente el tipo general, que él

considera fijo. De manera que, en el fondo, estos dos antropólogos están de acuerdo en que los pueblos americanos se han derivado de mezclas íntimas, en diferentes proporciones, de las tres razas primordiales, y que las numerosas variedades del indio se deben a las constantes fusiones de los sub-tipos así producidos.

Al estudiar la manera como debe haberse poblado América, debemos convenir en que no es necesario ni probable que se haya efectuado por una sola inmigración en masa. Nada impide que su poblamiento haya demorado miles de años. La opinión más prudente y más lógica es que se haya producido por una serie prolongada de migraciones, en pequeña escala, en épocas escalonadas y que hayan tomado parte en estas sucesivas invasiones pueblos ya diferenciados. Así se explica más fácilmente, no sólo la diversidad de las tribus, sino también las diferencias, a veces grandes, en las culturas que se hallan establecidas en el continente.

Es casi seguro también que la mayor parte de las inmigraciones sucesivas vinieron por el camino del norte, pasando por el estrecho de Behring o por las islas Aleutianas. Esto no impide que pequeños grupos de la misma raza pardo-amarillenta, que pobló gran parte de la Indonesia y la Melanesia y muy posteriormente la Polinesia, hayan llegado por mar a las costas centrales de América, trayendo consigo elementos de su cultura. Estos elementos, diferentes y tal vez más adelantados que los nativos, se arraigaron y se extendieron, al igual como algunos de los elementos lingüísticos de los nuevos venidos, mientras que sus caracteres somatológicos se perdieron en su mayor parte en las numerosas mezclas étnicas que se efectuaban constantemente, apareciendo de vez en cuando como atavismos, entre los pueblos radicados.

Aun cuando, hasta cierto punto, estas hipótesis son conjeturales, no obstante, los nuevos detalles que se descubren a diario, las van convirtiendo en hechos probables y en algunos casos ya quedan completamente comprobadas.

Hombres, ideas y libros

André Gide y "Si le grain ne meurt"

(Especial para ATENEA)

AL concluir sus estudios de retórica, Gide lee las páginas en las cuales Schopenhauer intenta establecer las diferencias entre el espíritu del historiador y el del poeta. Y nos cuenta: «¡He aquí, pensé encantado, la razón por la cual no entiendo nada la historia! ¡es que soy poeta! ¡Quiero ser poeta!».

Es así como, cayendo en la trampa que la vocación literaria tiende a sus elegidos, Gide creyó descubrir en sí un poeta, cuando en realidad se encaminaba a ser uno de los mejores prosadores de nuestra época. Creemos importante citar el párrafo en que nos da el resumen de su evolución: «En aquel tiempo yo tenía por los versos predilección apasionada; la poesía me parecía ser la flor y el fin de la vida. He tardado mucho tiempo en reconocer—y creo que no es bueno reconocer eso demasiado pronto—la superioridad de la hermosa prosa y su mayor rareza».

Su primera gran emoción de lector fué el descubrimiento de los poemas de Henri Heine. Al llamado de Henri Heine, responde «la abundante primavera de su corazón». En esta época también se hace más apasionada su amistad con su prima Emmanuèle, que ha llegado a ser después su mujer. Al ver lo que nos revela aquí de Emmanuèle, de su madre y de su her-

mana, comprendemos todo lo que hay de autobiográfico en *La porte étroite*. Y es lo apasionante de *Si le grain ne meurt*: ir reconociendo a cada paso en la vida de Gide los personajes y las circunstancias de sus obras. Gide dice que es lástima que se tenga que cambiar el nombre de la gente al retratarlos en un libro, porque por lo general su nombre les viene tan bien... Disfrazar los hechos le es penoso, y de allí viene quizás la artificialidad que notamos en la mayoría de sus novelas: los mismos acontecimientos, relatados en *Si le grain ne meurt*, son más patéticos. (Tal sus viajes a Argel y Tunisia, tal el curioso personaje Bavretel, el Armand de los Faux Morrayeurs). En lo que nos dice de sus amores (los más puros...) con Emmanuèle, descubrimos en el irónico Gide, en el cínico Gide, un sentimentalismo romántico, diremos más, rococó, que no deja de sorprender. No es que no aparezca nunca esta nota en sus obras, pero cuando aparece allí, en la Sinfonía Pastoral, por ejemplo, parecía poco sincera. En *Si le grain ne meurt* la extraordinaria sensibilidad de Gide nos parece, en su origen, sincera. Pero la inteligencia de Gide no deja tranquilo su corazón: a la vez quiere disimular y *exploitar* esa sensibilidad, en fin, amaestrarla. De allí, continuas explosiones, reticencias. Dice de las cartas que escribe a su prima: «su tono me es insoportable, y aquí « me veo digno de odio. Trafo de persuadirme hoy que sólo « los hombres sencillos pueden ser naturalmente naturales. En « cuanto a mí, tenía que desenredar mi línea de entre una in- « finidad de curvas...» Eso es ver claro en sí mismo.

Pero sigamos adelante:

«Es en esta época (a los diez y seis años) en la que empecé a « descubrir a los griegos, que tuvieron tan decisiva influencia « sobre mi espíritu... Contemplaba el Olimpo, y el dolor del « hombre, y la severidad sonriente de los dioses: aprendía mi- « tología; yo besaba y apretaba sobre mi ardiente corazón la « belleza... Extraño:—continúa—ardía ese hermoso fervor pa- « gano exactamente al mismo tiempo que mi preparación cris- « tiana...» Se prepara a la primera comunión, con devoción extraordinaria. Nos dice: «Me acercaba a los misterios santos

« como antaño se acercaban a Eleusis. ¡Con qué fervor interro-
 « gaba!... Por toda respuesta yo aprendía cual era el número
 « de los profetas y el itinerario de los viajes de San Pablo». No olvidemos que Gide es protestante. Después de un breve período en el cual espera hallar en la religión católica más alim-
 « mento para su sensibilidad, encuentra en la Biblia lo que necesi-
 « taba. Conoció luego todas las escrituras y nos da ese nuevo
 « dato sobre su formación literaria y religiosa: «Entraba en el
 « texto de la antigua alianza con veneración piadosa, pero la
 « emoción que encontraba allí no era sin duda de orden única-
 « mente religioso, lo mismo que la que me vertían la *Iliada* o
 « la *Orestia* no era puramente literaria. El arte y la religión se
 « desposaban en mí, y su acuerdo me causaba un éxtasis per-
 « fecto».

Sería demasiado largo seguir a Gide en el análisis minucioso, interesantísimo, de ese período religioso. Sólo daremos algunas frases: «Me mantuve durante meses en un estado seráfico, el mismo, supongo, que se trata de alcanzar en la santidad...» Es un joven asceta: vida de regularidad conventual, una tabla en vez de cama, «por maceración», dice, oración frecuente, no sólo de día, sino, también, de noche... Después de pintarnos su fer-
 « vor, Gide deja de hablarnos bruscamente de su religiosidad, para ocuparse de su iniciación en el mundo de las letras.

Pierre Louis fué su primer amigo literario: a él le comunicó sus ensayos que fueron más tarde «*Les Cahiers d'André Walter*». «Alimenté ese libro de todas mis interrogaciones, de todas
 « mis luchas interiores, de todas mis turbaciones y perplejidades:
 « de mi amor, sobre todo, que formaba el eje del libro». Y nos da más tarde un juicio severo sobre esta obra de juventud: «su
 « tono de oración jaculatoria me exaspera...»

Vemos nacer, sucesivamente, después de ese libro, «*La porte étroite*», «*Le Voyage d'Urien*», «*Palude*», etc., etc. Nos da sobre la génesis de esas obras datos importantes y curiosos. Lo vemos ya con esa condición admirable de renovación constante que lo hacen permanecer, a los cincuenta y seis años, un es-
 « critor *joven*, de los que dan un empujón hacia adelante a la

literatura con cada libro. No amar hoy lo que ha hecho ayer, es, creo, la fuente de juventud del escritor; baño amargo, como estar bañado en llanto; pero qué bien lavado se está, qué dispuesto a las alegres despedidas, a las llegadas alegres sobre playas desconocidas... Recordar lo pasado no ha sido, en el caso de André Gide, una labor final. Estamos por creer que quiere conocerse mejor para salir más fácilmente de sí mismo. Pues ¿qué nos da después de *Si le grain ne meurt*? Su *Viaje al Congo*, que pretende ser todo, menos una obra literaria, en la cual se nos presenta más bien como hombre de acción; el hondo amor hacia los que sufren parece ser hoy la nueva llave con que pretende descubrir nuevos secretos de la vida. Se puede esperar mucho de esa modalidad.

Al terminar, diremos que, cuando pensamos en los otros grandes escritores contemporáneos de Gide (Valery, Claudel,) es con un sentimiento absoluto, tenemos formada nuestra opinión sobre ellos. Mientras que ante Gide, teniendo por él la misma admiración, estamos en actitud interrogante: ¿Qué va a hacer ese hombre? Su obra pasada camina por un lado, abandonada casi por su autor. Y él va, solo, libertado, a emprender nuevas aventuras.

MARCELLE AUCLAIR.

La obra crítica de Albert Thibaudet

EL gran interés de la obra de Thibaudet es dar, mejor que cualquiera otra obra crítica, una visión de conjunto del pensamiento francés contemporáneo. Filosófica, literaria, histórica y muy desarrollada en cada una de esas tres materias, sabe mostrar influencias recíprocas y dar el aspecto total de nuestra época. Muy instruída también del pasado, esa crítica tiene los medios y la intención de ser una crítica de la evolución. Pero aquí hay que distinguir: Brunetiere había ya tratado de hacer una crítica de la evolución, que sólo era la adaptación literaria de Darwin. Thibaudet, discípulo de Bergson y de la evolución creadora, trata de estudiar especialmente, en las evoluciones, «l'élan vital» (el ímpetu vital) y la libertad del pensamiento que estudia. Esta actitud se traduce (especialmente en sus artículos de la Nouvelle Revue Française, de la cual es crítico principal) por un gusto extremado de lo que se llama *los movimientos*. Escribió en Noviembre de 1926 en la Nouvelle Revue Française, y eso no era sólo una ironía, que prefiere los movimientos literarios que comprenden solamente hombres mediocres: «Movimientos puros... que le permiten al crítico moverse libremente en medio de las ideas sin verse molestado por hombres de genio, cuya personalidad irracional todo lo devora...»

Antes de ser, como lo hemos dicho, crítico de la Nouvelle Revue Française y al mismo tiempo profesor en facultades extranjeras, (Suecia o Suiza), Thibaudet había escrito antes de la guerra un importante volumen sobre la Poesía de Stéphan Mallarmé. Ese libro de acuerdo en sus tendencias esenciales con el movimiento, aunque invisible entonces, que hizo triunfar más

tarde Paul Valery y Paul Claudel, era una exégesis notable por sus detalles, pero casi excesivamente ideológica. Nos presenta a Mallarmé como un hombre recargado por su pensamiento interno. Creo diferentemente (y confidencias de Paul Valery, que conoció personalmente a Mallarmé, confirman mi opinión, que Mallarmé producía un pensamiento exterior a sí mismo, ensayando alianzas de palabras. A veces llegaba a aislar pensamientos sobre tarjetas y las combinaba como se combinan los naipes en los juegos de paciencia... Thibaudet ha dado recientemente nuevas opiniones sobre su libro, y parece reconocer el exceso de su ideología, estimando hoy que sólo un estudio del individuo sería eficaz, y que ese estudio descalifica y rebaja en una «posición subalterna nuestros juegos escolares».

La obra más importante de Albert Thibaudet es la que persigue desde más o menos cinco años atrás bajo este título general: *Trente ans de vie française*. Esos treinta años van de 1880 a 1914. El primer volumen está consagrado a Charles Maurras. El maestro del pensamiento monarquista ha sido elegido por motivos no de orden intelectual o literario, sino que a veces de orden práctico. Declarando que Maurras, Barres y Bergson son las tres influencias capitales, él agrega: «Eso no significa necesariamente que ellos sean los tres mayores escritores de hoy». Y cita ejemplos de glorias activas en su época, que han disminuído andando el tiempo.

Pero Thibaudet estudia con cierta complacencia estética uno de los pensamientos franceses más limitado pero mejor ordenado. Escribe en su prefacio: «Luz del Atica, aire de Provenza, piedra de Roma, tierra de Francia, esas cuatro cosas se han unido ya y se han de unir aun para provocar sobre la élite humana rostros inteligentes o apasionados». Maurras es para Thibaudet uno de esos rostros. Es, pues, con una indulgencia benévola como Thibaudet refuta los sofismos de Maurras. Por lo demás, lo he oído declarar una noche, conversando con el filósofo Julián Benda, que Maurras es primero que todo periodista y hombre de acción; y que no se tiene el derecho de pedirle muy rigurosamente cuenta de sus doctrinas y de su pensamiento.

La *Vie de Maurice Barres*, que sigue al libro precedente, muestra mejor aun a Thibaudet como crítico de la evolución. En efecto, Barres tiene escasas ideas, y trata apenas de justificar con sólida argumentación las que tiene. Por lo tanto Thibaudet nos muestra que debe tomar la palabra «idea» en un sentido un tanto diferente: «No entiendo aquí por idea verdadera la idea clara y distinta de las demás... Una idea verdadera es la idea que ha llegado a ser verdadera incorporándose a una vida, como la idea de *tradición* se hace verdadera incorporándose a su familia, a su iglesia». Por lo tanto, en la presentación de ideas semejantes, no trata Thibaudet de discutir las, sino de colocarlas en su lugar, en el equilibrio que mantiene unos frente a otros, por un lado, las doctrinas de intelectualismo, de clasicismo y de orden social, y por otro lado las doctrinas de vitalismo, de romanticismo y de revolución.

¿De qué modo Albert Thibaudet logra mantener el equilibrio entre esos dos grupos de tendencias? Con ayuda del equilibrio humano, dejando ir su razón y su inteligencia en la primera dirección, y dejando ir en la otra dirección no su corazón, pues no es sentimental, sino su gusto del divertimento, del placer y de la originalidad. Cuando se trate de juzgar a Maurice Barres, Thibaudet abandonará sus simpatías personales, y sus objeciones serán más o menos las mismas que las de Andre Gide, uno de los espíritus, sin embargo, más opuestos al de Albert Thibaudet. Reprochará al Barresismo el afectar la fuerza más que ser fuerte en realidad, y de tender a favorecer sordamente, por su nacionalismo, la debilidad moral y el automatismo del pensamiento. Escribe en su conclusión: «Momento llega en Barres en que *el desarrollo hacia lo profundo* es sólo el hermoso nombre que da a la conciencia de su impotencia... Ciertos trozos nos lo presentan buscando, para abusarse a sí mismo, pretextos magníficos al automatismo».

Con su libro *Le Bergsonisme*, Thibaudet parece cambiar un tanto su dirección intelectual y política. Dice de su período precedente: «Me sentía llevado invenciblemente a poner en primer lugar los valores nacionales». Explica que desde entonces

trata de establecer un equilibrio entre su punto de vista francés y el punto de vista del extranjero. Por otra parte, hace entrar en su función de crítico intelectual un mayor papel social de presentación y vulgarización: «La crítica representa la moneda que cambian los Maestros y el público, que circula también entre las generaciones que se suceden, entre los puntos de vista distintos».

Por otra parte, en la doctrina de Bergson le interesan particularmente las partes menos desarrolladas por el mismo Bergson, es decir, la moral y la estética. Pero, justamente, este modo de ver era el que estaba en mejor acuerdo con su plan general y el título de esa obra: *Trente ans de vie française*.

La moral esencial que sacara del pensamiento de Bergson y la de más fecunda influencia, será la lección de la resistencia al automatismo; «Reacción contra todos los automatismos y especialmente contra el más peligroso, el del mecanismo intelectual que nos hemos dado a nosotros mismos... Querer guardar la unidad real de esa actitud más que la unidad ficticia de los resultados, he aquí un conjunto de direcciones que quisiera haber seguido mejor en crítica y en historia; pero que se me presentan como el beneficio más apreciable de una familiaridad con el pensamiento bergsoniano».

Esa profesión de fe general, acompañada de algún pesar, nos permite ver ahora la vasta renovación, los ligeros defectos también, que Albert Thibaudet ha traído a la crítica. Ese pensamiento amplio y sumamente erudito no hubiera podido en ninguna forma ser creador: se lo hubiera impedido su extraordinario flujo de memoria que permite y favorece las comparaciones y la apreciación, ahogando toda creación bajo su automatismo. La prosa de Albert Thibaudet es esmaltada de citas visibles, y más aún, sembrada de alusiones que el lector descubre según su cultura. Y vienen quizás de allí algunas imperfecciones del crítico: le agrada comparar las cosas entre sí y juzgarlas semejantes las unas a las otras más que buscar lo individual e ir es-

tableciendo diferencias. Es por eso que, a pesar de un pensamiento mucho más amplio, no alcanza a la finura de un Sainte-Beuve, por ejemplo. Pero lo que hemos dicho basta para hacer adivinar no sólo un espíritu muy vigoroso, sino uno de los más extraordinarios conjuntos de conocimientos particulares que contenga nuestro siglo.

JEAN PREVOST.

Figuras románticas

GEORGE SAND

El centenario del romanticismo ha sido festejado en Francia con algunos comentarios críticos y diversas conmemoraciones que han atraído considerable público. Pero han saltado los libros que presenten a las figuras cardinales de esa escuela literaria en la integridad complejísima de su vida y de su obra. El profesor Mornet ha sido uno de los pocos que en estudios tan breves como compendiosos ha analizado a algunos escritores románticos. He aquí una de sus siluetas.

NI J. J. Rousseau ni Chateaubriand ni Lamartine ni Víctor Hugo han sido plena y hasta verdaderamente románticos. Ya lo hemos demostrado. Pero George Sand ha puesto en sus primeras obras el «romanticismo integral», por lo menos el romanticismo moral, ya que no era cuestión, en una novela, el respeto o la violación de las reglas clásicas. Si dejamos de lado los frenesíes apasionados o metafísicos de todas sus primeras novelas, como «Indiana» o «Lelia», «Jacques», que está escrito en un estilo más seguro y a veces con una especie de frialdad altanera, «Jacques» es un breviario del perfecto romántico. Tiene toda la decoración romántica: el claro de luna, un valle salvaje y pintoresco, grandes bosques llenos de sombra y de misterio, un castillo de aspecto venerable, «dos cazadoras, más bellas que todas las ninfas de Diana, una morena, grande, valiente y audaz, y la otra blanca, tímida y sentimental, montadas las dos en caballos soberbios que galopaban sin ruido sobre el

musgo de los bosques». Es la soberanía de la pasión, que tiene derecho a ser sencillamente por que es: «El amor es egoísta; se sienta, ciego y risueño, sobre las ruinas del mundo». Y es el mundo el que tiene la culpa: «No maldigáis a esos dos amantes que van a aprovechar mi muerte. No son culpables. Se aman. No existe crimen donde hay un amor sincero». El crimen, por lo demás, no puede alcanzar, corrientemente, sino a una sociedad egoísta, hipócrita y cruel, cuyas convenciones es conveniente despreciar. Un hombre y una mujer de corazón no pueden acomodarse a las tonterías de nuestras civilizaciones estúpidas y bárbaras; uno y otro van por ella «mutilados y sufrientes». El único asilo en que podrían ser felices son las «solitudes encantadas del Nuevo Mundo». Si ellos allí educan niños es para casarlos un día «frente a Dios, sin otro templo que el desierto, sin otro sacerdote que el amor». La vida, por lo demás, está hecha de trampas trágicas y de destinos amargos. Jacques y Silvia se aman creyéndose hermana y hermano, y saben más tarde que no lo son. Jacques ama a Fernanda y se casa con ella, que deja de amarlo, y se mata, secretamente, en un desierto de ventisqueros. Ni siquiera falta en «Jacques» una reivindicación romántica: la rebelión contra el concepto del matrimonio que hace de la mujer la esclava y la mártir de un marido a quien la ley, la fuerza y la opinión dan todos los derechos. Y en ella se despliega, copiosa, en «Indiana» y vuelve en otras diez novelas. Indiana «es un tipo: es la mujer, el ser débil encargado de representar *las pasiones* comprimidas o, si preferís, suprimidas por *las leyes*; es la voluntad en lucha con la necesidad; es el amor que choca con su frente ciega contra todos los obstáculos de la civilización». La novela será, pues, una protesta contra «la injusticia y la barbarie de las leyes que rigen hasta la existencia de la mujer en el matrimonio, en la familia y en la sociedad».

He aquí una imagen perfecta—quiero decir completa—de las aspiraciones morales del romanticismo. Perfecta o completa, no es, sin embargo, nueva, y se podría emprender con George Sand como con Chateaubriand, Lamartine y los otros, el estu-

dio de ideas que han sido reflejadas y no creadas. El estudio sería decisivo, puesto que George Sand era una mujer tan dócil de imaginación como indócil de carácter y no ha hecho otra cosa, durante mucho tiempo, que reflejar. No inventó la decoración novelesca, trivial desde un medio siglo antes; ni las cazadoras que galopan en el bosque profundo; ni la sublimidad de la pasión y los derechos del amor, que son un tema no francés sino europeo, desde, poco más o menos, el mismo medio siglo; ni el desprecio de las convenciones sociales, de las cuales Louis Sébastien Mercier, con cien otros, había, en 1780, propuesto «desentrabar» los corazones amorosos; ni las soledades encantadas del Nuevo Mundo; ni los matrimonios «frente a Dios», que se encuentran ya en el «Cléveland» del abate Prévost. Tampoco ella inventó el feminismo. Su esfuerzo por romper «la injusticia y la barbarie de las leyes que rigen hasta la existencia de la mujer en el matrimonio» es no el décimo sino el centésimo, no sólo en cincuenta años sino en cerca de dos siglos.

M. F. Baumal, M. de Luppé, M. Abensour han estudiado con diligencia y precisión los orígenes del feminismo, y no lo han dicho todo aún. Pero han dicho lo suficiente para que conozcamos la larga teoría de los y de las que han tratado de demostrar que si todo marcha bien para el hombre en el matrimonio y en la familia tradicionales, la mujer podría no encontrarse sometida al mismo cartabón. La regla, en la antigua sociedad francesa, era que los padres no consultaran a las niñas ni a los jóvenes—aun cuando hubiesen pasado de los treinta años—para casarlos; y si no era la norma, era accidente muy ordinario que una muchachita de doce o de catorce años se casara con un hombre de cuarenta o de cincuenta. Estas chicas comenzaban muy temprano a lamentarse de ello. «Soy una víctima inocente, sacrificada a motivos desconocidos y a oscuros intereses de familia, pero sacrificada como una esclava, amarrada, agarrotada, sin tener la libertad de lanzar suspiros, de decir mi deseo, de obrar por gusto propio. Se ha abusado de mi juventud y de mi obediencia, y se me entierra o mejor se me

embalsama viva en el lecho del coronel Delmare». No es ésta una queja de Indiana, y sin embargo basta reemplazar al coronel Delmare, que ahí puse, por el «hijo de Evandre», para que sea una frase auténtica de «La précieuse ou le mystère de la ruelle», del abate de Pure, de 1636; y esta queja, más o menos prudente o brutal, será repetida en novelas, comedias, tragedias y disertaciones hasta llegar a los clamores líricos de George Sand.

* * *

Es, sin embargo, una novedad relativa la perfección o la plenitud de este romanticismo. Su influjo ha sido acrecido por dos razones. Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo eran poetas y dramaturgos, poetas hasta cuando escribían en prosa. Seguramente «El genio del cristianismo», «Las Meditaciones», «Los cantos del Crepúsculo» o «Hernani» tuvieron numerosos lectores o espectadores. Pero no tanto como las novelas, como tantas novelas de George Sand, ochenta y cinco volúmenes de novelas que, sin duda no son todas románticas, que evolucionan hacia 1840 y se transforman a partir de «Mare au diable». Pero las novelas, y novelas semejantes, hacían palpitar todos los corazones y no sólo los de una Ema Bovary o de un pasante de notario, sino hasta los de una hija de portero y de una costurera. A causa de ésto, George Sand tuvo un prestigio que ni Chateaubriand ni Víctor Hugo podían pretender. A la teoría romántica ella pudo juntar una práctica ruidosísima. Seguramente, Chateaubriand tenía, fuera de su mujer, algunas amantes. Pero la debilidad humana y la complacencia de la opinión hacían de esta poligamia una tradición y no una novedad romántica. Por lo contrario, George Sand era una mujer casada, una provinciana obscura, una burguesa rústica, unida en la más tranquila de las aldeas a un hombre muy ignorante del romanticismo y seguramente de toda literatura. Estaba encadenada por todas las trabas sociales. Ahora bien, las sacudió de un manotón y dió el ejemplo alegre, triunfante y escandaloso de

la revuelta; ella testimonia, magníficamente, que ha llegado el momento de pasar de las bellas palabras a los actos decisivos. Abandona Nohant, la casa solariega, las gallinas, las vacas, las sirvientes, los niños, el marido indigno de poseerla, y se va a París a buscar la gloria y el amor. Encuentra la gloria; no es seguro que haya encontrado jamás el amor. Pero se ha persuadido de que lo posee, y lo saborea. Nadie ignora que este George Sand es una mujer, joven, ardiente y libre por el derecho de su genio y de su voluntad. El semi escándalo de un proceso de separación, los rumores de la sociedad, el escándalo envidiado de amores casi públicos, la tragicomedia que la liga a Alfredo de Musset y la separa de él, llevan su nombre hasta las más apartadas sub-prefecturas, turba los corazones de las muchachas cansadas de ser prudentes y de las casadas ávidas de lo desconocido.

Así, en una especie de vértigo que alcanza su paroxismo entre 1830 y 1840, Indianas, Valentinas, Lelias y Jacques, desde el fondo de todas las provincias, buscan las anheladas tormentas y las embriagueces hasta mortales, de preferencia mortales. M. L. Maigron ha reunido pruebas pintorescas de ello en su obra «El romanticismo y las costumbres». Pruebas un poco menos demostrativas, seguramente, que lo que se cree. Pues hay mucho de cháchara de escritores en los textos que cita, y lo que ha sido escrito por seguir la moda y por agradar, no siempre se ha ajustado a la sinceridad del corazón. Por otra parte, siempre hay locos y locas, en una proporción que tal vez no varía, que entonces fueron románticos, que sesenta años más tarde serían nietzscheanos y que son hoy en día «garçonnes». Sin embargo, M. Maigron ha probado que esta locura o esta perversión habló, hacia 1830, el lenguaje romántico y hasta, muy exactamente, el de los héroes y heroínas de George Sand. Sin contar a Petrus Borell, Philotées O'Neddy y otros «Jeune France», de los cuales volveré a hablar, ha reunido cartas de mujeres de notarios y versos de escribientes que no dejan ninguna duda.

• • •

Por lo demás, el odio de George Sand a la moral burguesa y a las tiranías sociales no duró una eternidad. No bastaron sino veinte años para que se gastara. Si la escritora fué enteramente romántica, no lo fué hasta el fin. Rápidamente reemplazó su romanticismo pasional por un romanticismo humanitario. Después de haber querido libertar a las mujeres amantes —amantes del que no era su marido,—ella se dió, por algún tiempo, a la tarea de liberar a todos los que oprimía una sociedad dulce para los poderosos y dura para los miserables. Después se resignó a papeles más modestos y que ya no tenían nada de románticos. Llegó a ser la «buena mujer» de Nohant. Escribió novelas rústicas, «La Mare au diable», «La Petite Fadette», «François le Champi», «Les maîtres sonneurs», y novelas sabiamente novelescas, a la moda de siempre y no a la del romanticismo.

De esta conversión se han dado muchas explicaciones. No sé si la más delicada, pero sí la más verosímil, es la que Mlle-Vincent estableció en pruebas que todo, más tarde, ha contribuido a afianzar. George Sand no habría sido una víctima de Venus, «tout entiére â sa proie attachée». Estas víctimas no se curan jamás y, sobre todo, es muy difícil que se curen hacia la cuarentena.

George Sand habría perseguido mejor, durante veinte años, una Venus a la cual su imaginación aspiraba y que su temperamento hubiera sido incapaz de alcanzar. A pesar de Musset, Chopin, Pierre Leroux y los demás, ningún «arco vencedor» habría sido capaz de conmoverla. Ella habría sido el portavoz de las grandes apasionadas por desesperación de no serlo. Así se habría cansado fácilmente de tentativas que le dejaron sólo decepciones y no penas.

Sea como fuere, por una extraordinaria inversión, esta autora de dramas vehementes y crueles llegó a ser, desde «Le Meunier d'Angibault» (1845) y, sobre todo, desde «La Mare au

diable» (1846), una iluminadora de idilios ingenuos y que habrían sido casi dulzones sin el arte sutil que los salva. Resucitó «Dafnis y Cloe» y traspuso bajo la blusa y la gorra del Berry los Mirtilos, Palemones, Glicerias y Cliteas. Ella, que había predicado la rebelión y anhelado las tempestades, imagina Arcadias donde no se vive sino para la dulzura, la ternura y la paz. Lo sorprendente no es que ella se haya convertido en tal grado. Hay en la historia humana ejemplos de todos los retornos y de todas las contradicciones. El milagro es que, después de haber escrito novelas románticas que hoy día nos parecen llenas de artificios declamatorios, no haya compuesto idilios más falsos aún por su insipidez y su tontería. Hay, sin embargo, en estas obras campestres, un fondo evidente de bobería o, si se prefiere, de convención literaria gastada por veinte siglos de Arcadias convencionales. Nadie ha tropezado jamás, ni en un rincón del Berry ni en algún asilo campestre con tantas virtudes y tantas gentilezas campesinas.

Sin embargo, la mentira nos agrada o, por lo menos, agrada a muchos. Sentimos que nos han embaucado y a pesar de ello aceptamos el engaño. La explicación de este encanto corresponde, en buena parte, a la tesis de Mlle. Vincent. Ella ha comparado largamente el Berry de George Sand a la realidad del Berry. Y ha hallado constantemente parecidos exactos con la humilde y sólida verdad. Después de haber sido romántica, si bien siguió siendo una mujer ávida de ficciones y de vidas imaginarias, George Sand ha tenido la cordura—a la vez moral y literaria—de llegar a ser realista. Habló de una región y de personas que amaba, pero las amaba porque las había observado con exactitud y conocido bien. Así, la mentira idílica ha sido sin cesar ocultada por todo género de verdades menudas, de recuerdos fieles de la vida. George Sand no ha ido, como Flaubert, de un exceso al otro, de «Smarh» a «Bouvard y Pécuchet». Ella encontró un justo medio, un equilibrio delicado y encantador.

DANIEL MORNET,
Profesor de la Sorbona.

Los estudiantes universitarios en el Centenario de Mitre

Debido a la iniciativa del señor Rector de la Universidad de Chile, Dr. Carlos Charlin, la juventud universitaria se encontrará representada por un estudiante en las fiestas del centenario de Mitre. La designación, hecha por las autoridades docentes de esa Universidad, ha sido acertada y demuestra un concepto de la vida universitaria que nos apresuramos a aplaudir. Este acto, si se relaciona con la ingerencia que se ha dado a los estudiantes en el manejo de las cuestiones internas de cada escuela, revela la consideración cada vez mayor que se concede al alumnado, dentro de un criterio de trabajo efectivo y de intensificación de las actividades propias del estudiante y de la Universidad.

Insertamos la carta en la que el señor Rector comunica al señor Carlos Vega L. la designación aludida.

Santiago, 6 de Julio de 1927.

Señor
Carlos Vega L.,
Presente.

Mi estimado amigo:

He designado a Ud., de acuerdo con el señor Decano y el señor Director de la Escuela de Derecho, para que represente a la juventud universitaria en las fiestas centenarias de Mitre en Buenos Aires.

Esta designación tan honrosa la ha merecido Ud. por múltiples motivos: es Ud., además de un estudioso, como debía serlo

por su mismo nombre todo estudiante, una persona de orden, como lo son todas las que trabajan seriamente, y un cultor de las bellas letras.

Al designarlo a Ud. la Universidad quiere premiar al mérito y manifestar en lo que estima todas las actividades del espíritu, tanto más necesarias a la juventud, cuanto que son el único antídoto a la invencible pujanza de los instintos.

No a todos les es permitido cultivar la belleza en el concepto, en la forma, en el sentimiento; pero un universitario debe comprender, aun más, apreciar y en todo caso honrar estas manifestaciones humanas superiores.

Si una Universidad permanece indiferente a tales actividades está condenada a vegetar y a hundirse poco a poco en la materialidad, y por consiguiente condenada a renunciar para siempre a ser el alma mater nacional.

Deseándole éxito en su misión lo saluda su amigo y Rector.
—(Firmado) *Carlos Charlín*.

NOTICIARIO

EN Buenos Aires se ha comenzado la publicación de dos nuevos órganos literarios. Uno de ellos es una revista mensual titulada «Síntesis», a cargo de un consejo directivo en el cual figuran Coroliano Alberini, J. Rey Pastor, Emilio Ravignani, Carlos Ibarguren, Martín S. Noel, Arturo Capdevila y Jorge Luis Borges. En su número primero, «Síntesis» comprende originales de Cansinos-Assens, Fernández Moreno, Rey Pastor, Borges, Pablo Rojas Paz, Xavier Bóveda, etc. El otro órgano es un periódico quincenal de información literaria, «La Gaceta del Sábado», que tiene como norte la vinculación más estrecha entre Argentina e Italia. A su buen material junta una presentación gráfica de primer orden.

—Hace no mucho algunos escritores protestaron contra la creación de un nuevo premio literario en Francia. En efecto, algunos industriales se unieron y fundaron el premio llamado de las Industrias de Lujo. Como la protesta no bastó para poner fin a la iniciativa, este premio acaba de ser discernido a Gabriel Reuillard por su novela titulada «L'homme nu». El tema de esta obra está formado por las vicisitudes de un billete de banco.

—Ha sido anunciada la publicación inmediata de un homenaje a André Gide en la colección «Les contemporains», de las ediciones del *Capitole*. En este volumen aparecerán trabajos de Mac Orlan, François Mauriac, Jacques Copeaux, Jean Giraudoux, Guy de Pourtalès, Albert Thaibaudet, Benjamín Crémieux,

Léon-Pierre Quint, Jean Prévost, Jean Royère, Waldo Frank-Arnold Bennett, Prof. Curtius, etc. También se publicarán en ese homenaje algunas páginas inéditas de Gide.

—En los últimos días de Junio ha debido reunirse en Bruselas el Cuarto Congreso Internacional de los Pen Clubs. En la orden del día de la primera sesión se encontraba el asunto de las traducciones, que ha sido objeto de consideraciones especiales en los anteriores congresos de la institución. En la segunda se iba a tratar de la organización de los centros nacionales y de la actitud de los escritores durante la guerra, tema de inquietantes proyecciones. El programa de festejos se completaba con paseos y excursiones a parajes cercanos a Bruselas.

—Sobre el mismo tema de las traducciones literarias, he aquí una importante noticia: El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual reunió en la segunda quincena de Mayo último un comité de expertos que estudió bajo la presidencia de Valéry Larbaud los diversos aspectos del problema. A esta sesión asistieron la señora Stiernstedt, por Suecia, Gabriela Mistral, por Chile, Kippenberg, por Alemania, Diez Canedo, por España, Valéry Larbaud, por Francia, Hankiss, por Hungría, Sofíci, por Italia, Levinson, por Rusia, y Elissées, por el Japón.

—En dos volúmenes de gran formato ha sido publicada últimamente una «Littérature Française», por Joseph Bédier y Paul Hazard. Los nombres de los dos ilustres catedráticos y críticos abonan suficientemente este trabajo.

—Dentro de poco debe aparecer la antología de poesía americana que prepara Alberto Guillén para la Editorial Espasa-Calpe de Madrid.

—Una Academia de la Lengua italiana será inaugurada en breve. La compondrán treinta miembros, entre los cuales hay tres escritores (los nombres de d'Annunzio y de Pirandello suenan para esos sillones), dos músicos, tres escultores uno o

dos inventores, nueve o diez hombres de ciencia, dos generales, un almirante, dos príncipes o duques, un cardenal, etc. En suma, es una Academia que no tendrá nada que envidiar a las ya existentes, por lo que respecta a composición.

—Francis de Miomandre debutará en el teatro, una de las pocas actividades en que aun no se había estrenado, con una fantasía en dos actos titulada «Les bienfaits perdus». Lo curioso es que esta pieza ha sido escrita para ser representada por las señoritas de un aristocrático colegio de Auteuil.

—El último libro de Andrés Maurois se titula «La vie de Disraëli» y forma parte de la colección «Vies des hommes illustres» de la *Nouvelle Revue Française*.

—La simpática hoja literaria de Buenos Aires, «Carátula», ha iniciado una encuesta sobre los premios literarios municipales, cuyas dos principales cuestiones son estas: «¿Cree usted que los premios municipales deben ser de estímulo para escritores jóvenes o de recompensa para la obra de los ya consagrados?» «¿Qué opina del último fallo de prosa y verso del Jurado Municipal?»

—En Nueva York será publicada una novela cuyo título es «Cabellos cortados en veinte», y cuya particularidad es el número extraordinario de sus autores. En efecto, veinte escritores han colaborado en la tarea.

—Hector Pedro Blomberg, uno de los buenos autores modernos argentinos, anuncia un nuevo libro de poemas, titulado «El pastor de estrellas».

—El conocido crítico francés, Alberto Thibaudet, estuvo en Mayo en Madrid con el objeto de pronunciar tres conferencias sobre diversos aspectos literarios del siglo XIX. En la primera estudió el *Diario* de los Goncourt, en la segunda analizó la vida literaria de la época, a través de la misma obra, y en la

tercera se ocupó de los Diarios y Memorias de escritores en los comienzos del siglo actual.

—Ramón Menéndez Pidal, según informa «La Gaceta Literaria», ha sufrido últimamente un serio percance. A causa del exceso de trabajo, tuvo una lesión ocular que le obligó a privarse durante algunos días de la visión, a fin de evitar posibles complicaciones. El infatigable investigador no cesó por eso en sus trabajos, que fueron proseguídos con auxilio de su esposa y de su hija.

—En el número del 15 de Mayo de «La Gaceta Literaria» se publica un cuento del escritor chileno residente en Madrid, don Alfredo Condon, titulado «El homenaje».

OMEGA.

EX - LIBRIS

VIÑETAS, por *Juan de Armaza*.—Edit. París América, París, 1927.

Ha merecido ya este libro breve los elogios de la crítica, y ciertamente en pocas oportunidades las diferentes voces de ella se habían visto coincidir en tan apretado haz de unanimidad. Y es que en «Viñetas» hay excelencias que no son comunes en la literatura nacional.

El principal valor de este libro es el estilo, un estilo sobrio, castigado, preciso, tan lleno de armonía íntima como desprovisto de la musicalidad torpe y cascabelera en que los escritores poco artistas se complacen. Otro valor es la certeza, la acuidad de la visión, indispensable a quien quería sólo pintar precisamente, con mano libre, unas cuantas «viñetas» de la tierra chilena.

Juan de Armaza, que no es un desconocido de los lectores de ATENEA, ha hecho bien en coleccionar en este libro, de circulación restringida sólo a los amigos del autor y a un público selecto, sus miniaturas. Las letras chilenas han conquistado con ellas un buen título para la admiración de propios y extraños.

EL ESPECTADOR, tomo quinto, por *José Ortega y Gasset*, *Rev. Occidente*, Madrid, 1927.

Cada tomo de esta revista—llamémosla así—de Ortega y Gasset ha sido arrebatado por los lectores con que el pensa-

dor español cuenta en todos los continentes. El quinto, que acaba de llegar a nuestras manos, justifica la acogida excepcional que se le ha brindado.

Unas «Notas del vago estío» preñadas de sugerencias histórico-psicológicas sobre la Edad Media y la Moderna y sus congruos ideales, abren la marcha y llevan al lector hasta el centro mismo del volumen. Donde lo esperan unas páginas apretadas de doctrina sobre la «Vitalidad, el alma y el espíritu». Allí la agudeza de Ortega y Gasset llega al máximo de su tensión. El catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid se muestra a la altura de su cátedra y nos hace gustar el puro goce de un juego dialéctico de la más absoluta limpidez.

Finaliza el volumen con un breve ensayo sobre «Fraseología y sinceridad», que tal vez no esté a la altura de los otros dos, pero que en todo caso es importante y, sobre todo, se lee con ánimo abierto y hasta sonriente, sin perder una línea.

Como siempre, Ortega y Gasset atrapa en este libro a sus lectores no sólo con sus ideas sino también con el señuelo de un estilo señorial, lleno de enjundia y novedad.

EDUCACIÓN PÚBLICA EN ESCOCIA, por *Tomás de la Barra Fontecilla*.—Publ. Of. del Min. de Relaciones Exteriores, Santiago, 1927.

Es sólo un informe presentado por el Cónsul de Chile en Escocia, señor de la Barra, pero un informe luminoso, claro, lleno de sugerencias para los educadores chilenos. El señor de la Barra no es un especialista, pero tiene amor de patriota por el porvenir de la enseñanza chilena, y en sus viajes por el viejo mundo ha tratado de aprender todo aquello que en este aspecto puede ser de utilidad para el país.

Todo lo completo que pueda desearse, el trabajo del señor de la Barra destaca por su actualidad y por la precisión de los datos que proporciona.

Lástima es que esta edición, como oficial, no sea todo lo cuidada y atractiva que debiera ser para conquistar los lectores que el trabajo en realidad merece.

LA LITTÉRATURE (notes et maximes), por *Fernand Vandérem*.—Librairie Hachette, París, 1927.

Vandérem es un crítico que no cree en la crítica; por lo menos así lo dice en la parte correspondiente de estas *notas y máximas*. Pero su escepticismo es casi universal. Su espíritu irónico no se deja amilanar por fantasmas, aunque su peso tradicional sea muy grande.

Hay en este pequeño libro mil aspectos que convendría dar a conocer en Chile, con toda la eficacia que tienen los textos en castellano sobre los escritos en otra lengua. Los males literarios de Francia son—¡oh orgullo!—muy parecidos a los nuestros, y las reflexiones que ellos suscitan al escritor pueden aplicarse también aquí.

En la obra de Vandérem, algo irregular seguramente por el imperativo de actualidad que ha presidido en el nacimiento de casi toda ella, este pequeño libro va a ocupar sin duda un sitio de excepción.

HOGAR CHILENO, por *Senén Palacios*.—Edit. Nascimento, Santiago, 1927.

Pocos días después de la muerte de su autor salió a la luz pública la segunda edición de este grueso volumen en que se contiene una novela de pura raigambre chilena, con un aire añejo. En efecto, este libro es, por lo que respecta a su fondo más oculto, la queja de un alma que no podía conformarse con que el pasado fuera sólo pasado.

«Hogar chileno» es obra destinada a renovar el culto de las viejas virtudes, al mismo tiempo que se presentan con caracteres nefastos las costumbres cosmopolitas que poco a poco se han enseñoreado del medio nacional. Hay en las páginas de este libro

muchos elementos novelescos de desigual valor: cuadros de costumbres, estudio de caracteres, nudos pasionales, intrigas, etc.

El todo es una confusa amalgama difícil de valorar en pocas palabras. Como todas las novelas que encierran una tesis y marcan un propósito, su boga es en mucho extraña a consideraciones puramente literarias. Eso es lo que la define de modo más estricto.

GLOSARIO DE REVISTAS

Fedor Sologub. escritor ruso

En número reciente de «Les Nouvelles Littéraires», el crítico eslavo Vladimir Pozner ha escrito un interesante artículo sobre Fedor Sologub, escritor ruso poco conocido pero digno de elogios por su labor literaria. He aquí los principales rasgos biográficos de Sologub, según Pozner:

«Sologub, que se llama en realidad Fedor Kugmich Titernikof, nació en 1865. Durante mucho tiempo fué profesor de colegio en provincias y en Petersburgo. En 1896 publicó su primer volumen de versos, seguido luego de una recopilación de cuentos y poemas y de una novela, «Sueños tristes». De 1900 a 1905 aparecieron un segundo volumen de versos y numerosos cuentos y novelas: «El aguijón de la muerte», «Consolación», «Belleza», etc. En 1905 la revista «Los problemas de la vida», órgano de Merejkovski, emprendió la publicación de «El trasgo», obra maestra de Sologub, que no

llamó la atención del público sino cuando apareció en edición separada, en 1907. Otras novelas: «Más dulce que el veneno» y «Leyenda creada» siguieron a «El trasgo», sin acercársele. Numerosos poemas mantuvieron el prestigio de Sologub; y luego reunió los mejores de ellos en una recopilación: «Círculo de fuego» (1908). Si su última novela, «La encantadora de serpientes», ha desaparecido en medio de la indiferencia general, no se ha encontrado a nadie que no admire la «Flauta», serie de pastorales galantes que Sologub, indiferente a la vida cotidiana, compuso en años de frío, de hambruna y de muerte».

La única obra de Sologub traducida al castellano, «El trasgo» (Colección Universal, Calpe), dió la medida de un talento de primer orden, sobre el cual Pozner se extiende en consideraciones de interés. A continuación narra la acción de la novela citada y apura el análisis hasta la consideración de los propósitos filosóficos y

morales que han inspirado al autor al trazar su obra. Sobre la poesía de Sologub, enteramente desconocida en castellano, he aquí lo que dice el crítico:

«Se dió como regla escribir un poema por día. De los ciento setenta y siete que componen su primer volumen, hay más de cien diferentes desde el punto de vista de la versificación. Pero estos versos no tienen cada uno existencia independiente. Se continúan, se parecen a menudo, se sirven de comentarios los unos a los otros. Se diría que son estrofas de este inmenso poema inconcluso que es la poesía de Sologub. Pero, despojados de misterio, no nos conmueven, porque les faltan lirismo y patetismo, ese patetismo que confiere a la poesía carácter divino y que no puede ser sino inesperado. Lo que no impide que Sologub sea uno de los grandes poetas rusos del siglo veinte».

Finaliza el artículo de Pozner con una anécdota personal que revela el carácter curiosísimo de Sologub:

«Un amigo me contó que un día fué a ver a Sologub a su casa para tratar un asunto de poca monta. El escritor lo recibió con la amabilidad de costumbre y, en medio de la conversación le declaró, sin elevar la voz, que su mujer acababa de suicidarse arroján-

dose al vacío. El visitante creyó en una broma. Se había equivocado. Le había saltado perspicacia. Mi amigo y yo quedamos estupefactos con la ácida tranquilidad que Sologub empleó para anunciar la terrible noticia».

Puede asegurarse que Sologub tiene los nervios sólidos.—S.

Góngora y el clasicismo

En el primer número de la revista argentina «Síntesis», que se presenta llena de bríos y dueña de una esplendidez elegante de recursos materiales, leemos un buen artículo de Pablo Rojas Paz, sobre el tema indicado en el título de estas líneas. Un breve estudio sobre la situación estrictamente lingüística de España, al iniciarse el llamado siglo de oro, precede al ensayo. Luego el autor, que es también un poeta de mérito, analiza los caracteres fundamentales en la lírica de la época, y luego dice:

«A esta poesía, mezcla de sentimientos e ideas, le sucede una poesía puramente artística, cuyos elementos esenciales pasaremos a analizar. Consideremos primero la introducción de un sentido plástico en la poesía, acusado casi siempre por una profusión de metáforas, que en la obra de Góngora parece ser la esencial calidad. En segundo término, se advierte en esta clase de poemas que la

idea ha perdido importancia. Pero esto es solamente consecuencia de lo primero; puesto que siendo el afán del poeta puramente plástico, no le interesa a este poeta sobremanera la noción de las cosas. Estas son condiciones que sobresalen en «Soledades» y «Polifemo», y que le han dado renombre a través de los siglos, colocándolo en la situación de ser considerado como una de las personalidades más curiosas de todas las literaturas».

Después de hacer otras consideraciones no menos interesantes sobre el tema, que no reproducimos por no alargar en exceso estas líneas, escribe: «El arte vive de revoluciones. El original comienza efectuando un movimiento anárquico, que origina protestas de quienes creen que el arte se aprende en los museos, bibliotecas y conservatorios, y que más allá de ellos nada puede hacerse que valga la pena».

Al final, asienta la tesis de que en arte no puede haber tradición, y termina diciendo: «Puede hablarse de una tradición moral, científica o religiosa, porque la ciencia, por ejemplo, va enriqueciéndose por el

trabajo paciente y continuado de varias generaciones. Una generación rectifica a la anterior, pero la respeta. Es como si hubieran puesto en un trabajo de siglos con un piadoso amor a los ya idos. Pero en arte existe una cruel rivalidad de generación a generación. No hay tradición que resista a la actividad sin tregua de todo lo artístico. Los artistas pueden clasificarse en precursores, creadores e imitadores. Al decir precursores, parece que aceptaríamos una tradición; pero no es así. Los precursores, sin llegar a la creación artística, frecuentan la originalidad de ciertos temas y la manera de tratarlos. Hasta que destaca el hombre que hace la obra de arte definitiva. A éste le seguirá la época de imitación y comentario. Mas el arte vive a fuerza de los talentos creadores; lo demás es saramalla. Góngora es original en la doble actitud que esto significa: en la de revolucionario y creador».

Sin constreñirse al examen de la obra gongorina, el autor ha diseñado con agudeza los caracteres fundamentales de Góngora.—S.

